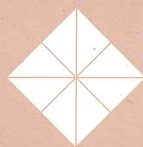


Manuel Rueda

Luz no usada

Fundación Corripio, Inc.





COLECCIÓN
PRISMA



Manuel Rueda

Luz no usada

Colección Prisma

Director fundador

Manuel Rueda (1921-1999)

Director ejecutivo

Jacinto Gimbernard

Asesores

Lic. José Alcántara Almánzar

Dr. Jorge Tena Reyes



Manuel Rueda



Colección Prisma

Volumen XI

Manuel Rueda

Luz no usada

Estudio preliminar y presentación:
José Alcántara Almánzar

Ediciones de la Fundación Corripio, Inc.
Santo Domingo
2005

Diagramación y diseño de portada:

Cuesta-Veliz Ediciones

Edición al cuidado de Andrés Blanco Díaz

Foto portada: Carlo Prandoni

ISBN: 99934-54-19-2

Impreso por:

Editora Corripio, C. por A.

Calle A esq. Central

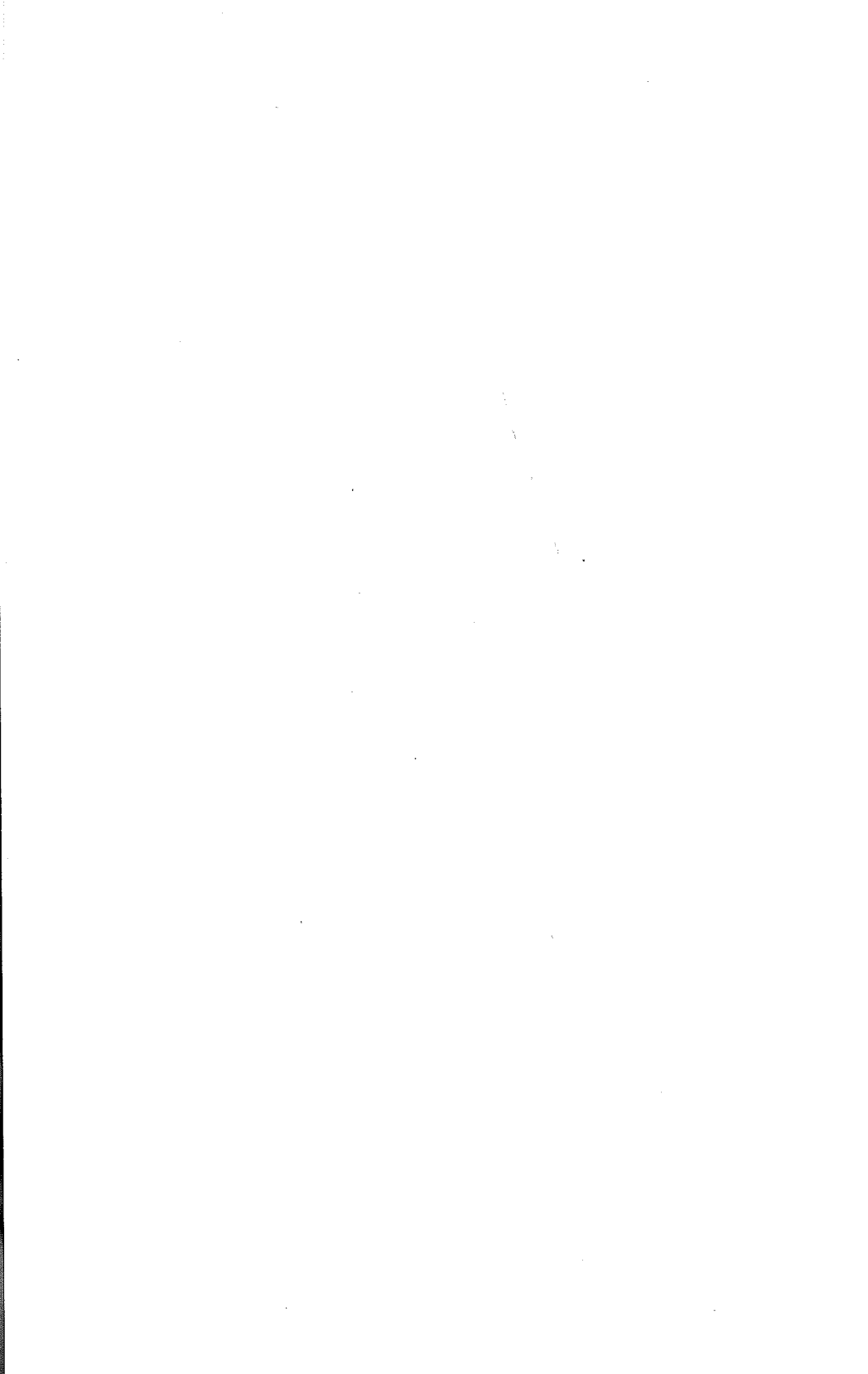
Zona Industrial de Herrera,

Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en República Dominicana

Printed in Dominican Republic

Estudio preliminar
Manuel Rueda: música y poesía



Los preludios

Chile (1939-1951)

El 27 de agosto de 2005 hubiera cumplido ochenta y cuatro años Manuel Rueda (1921-1999), el artista dominicano más importante del siglo XX. Su nombre y el de Chile están indisolublemente ligados en el tiempo. Ningún otro ha vivido tantos años en aquel país, ni quedó marcado como él por la cultura chilena. En 1939, a los dieciocho años, ya graduado de concertista y profesor de música en el Liceo Musical, partió a perfeccionar sus estudios, becado por el Gobierno dominicano. Dejaba atrás su infancia montecristeña, de "Niño solo en el viento que lo arrastra",¹ y a una madre quejosa "de ausencias del hijo que escribía pocas veces desde Chile",² casi sin noticias de su salud o sus adelantos en el piano.

El regreso del hijo único tardaría mucho en producirse. Doña Marina González Tavárez, de quien heredó Manuel su sentido del humor y aptitud para la poesía,

1. "La criatura terrestre", en el libro homónimo (1963).

2. "Mi madre, desde los 9 años", en *Por los mares de la dama* (1976).

aprendió a sobrellevar ese vacío, paliando sus lamentaciones con lecturas de Campoamor y Bécquer y charlas interminables con Leticia, Consuelo, Luisita, Grecia, Inés, Ana Lidia y Rosita, integrantes del "tial" de Manolo, consentidoras hasta el daño, y a quienes él recuperó, en su último libro, a través de "Una visión de tías que se acomodan bajo los mosquiteros de la eternidad".³

Para Manuel ese viaje significó un cambio radical en su vida de niño mimado, que muchos años antes había venido con su madre a Santo Domingo en busca de nuevos horizontes. Fue como si de repente olvidara todo lo que dejaba en su isla de palmeras y de huracanes. Estaba decidido a enfrentarse a los retos de un exigente entrenamiento bajo la tutela de su maestra Rosita Renard, aunque a veces, en los ratos de ocio, deambulaba solitario, expuesto a la tentación de la nocturnidad: "yo paso con mi enigma a la distancia / leve y turbio, inocente y sin infancia".⁴

Aquel mozuelo de mirada soñadora y aire lorquiano, eternamente joven en el cuadro que colgó muchos años en una pared de su estudio, permaneció un largo período en la tierra de Gabriela Mistral. Allá, al tiempo que se formaba como pianista, comenzó su carrera literaria de la mano de Vicente Huidobro, a quien su poesía debe buena parte de su rigor y deslumbrante modernidad. En Chile se hizo adulto, con todas las implicaciones del término, pero se desconocen los nombres de sus primeros amores, que permanecen en el discreto silencio que guardó hasta su muerte, fiel a su propio aforismo: "El secreto es el signo del que nace".⁵

3. Fragmento XXXIV del "Libro del comienzo y el fin", en *Las metamorfosis de Makandal* (1998).

4. "Paseo", en *Las noches* (1949).

5. "La criatura terrestre", *Op. Cit.*

Salvo anécdotas que repetía de vez en cuando, nadie conoce a ciencia cierta los detalles esenciales de esa etapa fundamental de su vida. Hablaba de Neruda y su torrente de poesía volcánica que él intentó eludir, colocándose a la sombra de Huidobro, el otro coloso de la poesía chilena. Afirmaba que era casi imposible escapar a la magia seductora de Pablo, a la cuota de adhesión que su influencia exigía. En Chile trabó amistad con Enrique Lihn, poeta del exilio interior, el de aquel verso inolvidable por el que sabemos que "No es lo mismo estar solo que estar sin ti",⁶ y a quien admiraba por su obra y su generosa integridad. A veces se refería a las irreverencias coloquiales de Nicanor Parra, cuya antipoesía lo marcó, mostrándole un camino nuevo poblado de rebeldías, mordacidades y rupturas. Relataba con emoción sus conversaciones con Hernán Díaz Arrieta (Alone), que prologó la edición príncipe de *Las noches* (1949), y cómo el influyente crítico había encomiado sus sonetos.

Pero también llevaba en su corazón al Chile de impresionante geografía, donde parecen coexistir los extremos de frío y lluvia, montaña y lagos, desierto y mar. El Chile de la gente educada que hablaba muy quedo, en contraste con su exuberante personalidad de artista caribeño y su legendario vozarrón. Amaba al Chile del inmenso Claudio Arrau, uno de sus paradigmas. Quería volver al Santiago de Chile cuyas matriarcas dibujó tan sabiamente en sus primeras novelas José Donoso, quien, ya convertido en una celebridad hispanoamericana, durante un seminario organizado por el Wilson Center en su sede de Washington, D. C., me aseguró que recordaba a aquel joven escritor y músico dominicano, alto y

6. Citado por Nicanor Parra en el libro de entrevistas de Juan Andrés Piña, *Conversaciones con la poesía chilena*, Santiago de Chile, Pehuén, 1990, p. 36.

delgado, que en los años cuarenta había conocido en el ambiente cultural santiaguero.

Chile era para Manuel sinónimo de cocina succulenta, la de los pescados y las sopas, las empanadas y el buen vino, siempre presta a complacer sus gustos y su exigente paladar. Chile fue, en fin, una segunda patria, un hogar que lo acogió como a un hijo, un país cuya democracia, asentada en una larga tradición, le permitía ser libre. Allá, absorbiendo durante años lo mejor de aquel espacio cultural estimulante, acabó Manuel su especialización musical, hasta alcanzar niveles superiores de perfeccionamiento artístico.

Manuel estuvo brevemente en el país, en compañía de Rosita Renard y Armando Palacios –que lo había recomendado para la beca–, con el propósito de ofrecer una serie de conciertos y recitales en 1944, al conmemorarse el Centenario de la República. Fue una pausa importante y llena de emociones para el joven artista, después de un lustro de ausencia. A fines de octubre de ese año, en funciones ofrecidas en los teatros Capitolio, Olimpia y Julia, se presentaron los tres pianistas, con obras de Bach-Liszt, Mozart, Beethoven, Brahms, Saint-Saëns y Debussy. Las críticas aparecidas en los diarios locales encomiaban la ejecución del joven talento dominicano, augurándole un futuro promisorio.⁷

En octubre de 1999, con motivo del Homenaje a Juan Bosch en Chile, regresó Manuel a la tierra de sus primeras ilusiones. Habían transcurrido seis décadas desde su primer viaje. Ahora, en el ocaso de su vida, se hallaba en la cima de las artes y las letras de su país. Iba enfermo,

7. Los programas aparecen en la obra *Vida musical en Santo Domingo, 1940-1965*, de Aristides Incháustegui y Blanca Delgado Malagón, publicada en la Colección del Banco de Reservas de la República Dominicana, Santo Domingo, Editora Corripio, 1998.

consciente del final que le aguardaba, aunque pensando que tendría una oportunidad más:

“Advierto, entonces, que ya no hay salida, /
pues su mirada clara me importuna / y sé que
cogeré, a sol o a luna, / el camino que lleva a su
guardia. // Y aunque empiezo a engañarla con la
vida, / a darme plazos, a pensar en una / tarde
feliz de cara a la fortuna, / bien yo sé que la muer-
te no me olvida, // que tengo que tocar, al fin, su
puerta / con la valija hecha y el sombrero / en la
mano marchita y entreabierta. // Me despido de
todos mis amigos / después de tanto ardid y a su
agujero / húmedo me avalanzo, sin testigos”.⁸

La sola idea del viaje en compañía de doña Carmen Quidiello de Bosch lo había llenado de un vigor inusual. Volvió a ser joven y alegre, contando los días con impaciencia, pues le parecía increíble lo que estaba a punto de ocurrir.

El 15 de octubre, en la Sala Ercilla de la Universidad de Chile, pronunció el que sería su último discurso. Ante un nutrido público de académicos e intelectuales hizo esta confesión:

“Es algo inesperado, con mucho de providencial, que yo haya venido de Santo Domingo a participar en un acto tan importante como éste. Quien se dirige a ustedes es un escritor dominicano que, por una hermosa circunstancia de su vida, puede decirse que es también un hijo de Chile, como tal se considera, porque el destino lo trajo desde

8. “Conseja de la muerte hermosa”, 2, en *Las edades del viento. Poesía inédita 1947-1979* (1979).

muy joven a las zonas del copihue y de la nieve, para que absorbiera las enseñanzas de tierras y de cielos que suelen tener “temblores visibles”, como me diría una tarde Vicente Huidobro en un amable verano de Cartagena cuando caminábamos por una de sus playas y al dedicarme su libro “Temblor de cielo”.

“Quince años de ansiosa juventud vividos aquí por mí con una intensidad tal que hoy, cuando los recuerdo, cuando trato de revivirlos con una memoria ya atenuada por el tiempo transcurrido, me llenan de una nueva fuerza, de una inquietud de la que ya no me hubiera creído capaz”.⁹

Después del reencuentro con su pasado chileno –del que aún quedaban huellas visibles, amigos e infinidad de recuerdos–, Manuel se sintió reconfortado y tranquilo: podía morir en paz, se había hecho realidad el último de sus sueños.

9. *Isla Abierta*, domingo 14 de noviembre de 1999, p.2.

Reflejos en el agua

Los años dorados (1952-1982)

Cuando regresó a Santo Domingo en 1951, luego de haber pasado varios lustros en Chile, Manuel Rueda estaba a punto de cumplir treinta años de edad. Era ya un artista completo, el más completo que tendría el país, con una preparación extraordinaria en música, poesía y teatro, listo para convertirse en la primera figura del ámbito nacional. Llegaba provisto de un sólido bagaje intelectual y artístico, con un premio del Conservatorio de Chile y un libro de sonetos impresionante.

En 1952 fue designado director del Liceo Pablo Claudio, en San Cristóbal, e inició su intensa actividad musical lleno de entusiasmo. En la prensa de la época se publicaron reseñas de sus presentaciones, solo o a dúo con otros artistas, tales como la pianista Aída Bonnelly, el violista Gino Bauzulli, los violinistas Carlos Piantini y Zvi Zeitlin, el cellista Ennio Orazi, y como acompañante de las sopranos June Preston, Teresa Montes de Oca y Helen Phillips.

En el comentario aparecido en *La Nación*, el 28 de noviembre de 1953, a raíz de su recital con Piantini, se afirmaba que:

“Manuel Rueda está dotado de singular poder asimilativo y de un no menos poder transmisivo, con un dominio técnico que comprende un toque preciso, una claridad diáfana en la formación del sonido y un sentido de la belleza tonal y de la formación melódica que le permiten despreciar, como lo demostró la noche del jueves, lo externo de la interpretación, lo puramente técnico, para internarse en las zonas más personales y, por consiguiente, más leales y emotivas de la partitura”.¹⁰

Como pianista, su repertorio abarcaba del barroco a los impresionistas, con notables incursiones en la modernidad, pero no era un fanático de la música contemporánea, por más que reconociera la trascendencia de Igor Stravinski o Béla Bartók, como tampoco lo fue de la ópera, género que aceptaba con las debidas reservas, pese a su admiración por las grandes figuras del bel canto. Prefería el *lied*, la canción lírica de origen germano en la que se funden poesía y música. De ahí su respeto por cantantes de la estatura de Dietrich Fischer-Dieskau, el legendario barítono alemán.

Durante la década de los cincuenta su atención se concentró en la música de cámara y en recitales. Organizó, con discípulas del Conservatorio, el ciclo completo de los conciertos de Johann Sebastian Bach para uno, dos, tres y cuatro pianos, habiendo interpretado el *Con-*

10. Arístides Incháustegui y Blanca Delgado Malagón, *Op. Cit.*, p. 357.

cierto en la. Así mismo, presentó los ciclos de las suites para piano del gran compositor barroco, y los 24 preludios de Claude Debussy.

Su presencia en los escenarios del país se hacía sentir también como hombre de teatro. En 1957 obtuvo el Premio Nacional de Literatura por *La trinitaria blanca*, que marcó el inicio de una nueva concepción teatral entre nosotros y la renovación de la escena dominicana con su impronta expresionista. A esta obra se sumarían después algunas comedias, como *La tía Beatriz hace un milagro* y *Vacaciones en el cielo*, y el drama testimonial *Entre alambradas*.

Manuel tenía una auténtica veneración por Mozart, cuya aparente facilidad es, según decía, una trampa para los chapuceros y los forzudos del piano, los que aporrean el instrumento en cada ejecución, sin tomar en cuenta el espíritu de sus obras. En *La criatura terrestre* (1963) encontramos un poema dedicado al genio de Salzburgo, que revela su concepto de aquella música ingrávida y transparente:

“A ti, oh tempranero, reidor / como los pájaros que inquietan los aleros / fuerza que se recuesta / en tallos o nubes voladoras, / a ti, a ti el regreso, Wolfgang de las velocidades / y los relámpagos. (...) Ven con lágrima sola, / huracanado en el salado pétalo / que el mar de ahora reconforta. / Ven con risa de entonces, / con alma tuya siempre, / Wolfgang de las velocidades quietas y el relámpago.”

Mozart ocupaba un sitial único en sus preferencias y Beethoven constituía una torre inalcanzable. Wolfgang Amadeus era el genio travieso y espontáneo, de quien la

música fluía sin esfuerzo aparente, con un don de memoria más allá de toda comprensión humana. Ludwig era el genio intratable en lucha permanente contra el infortunio de una vida dolorosa que él transformó en belleza, el padre de tantas obras grandiosas que incubaba y corregía largo tiempo antes de darlas a conocer. "Si Mozart encarna la alegría del ser paradisiaco, Beethoven llega a la alegría (pienso en la *Novena Sinfonía*) después de grandes dolores, por lo que podemos decir que la suya fue una victoria contra el pecado original".¹¹ La música de Beethoven que Manuel ejecutó con pasión –y toda la que no llegó a interpretar pero que conocía muy bien–, era una música profunda, llena de complejidades y deslumbrante perfección, ante la cual se inclinaba devotamente. No es otra la razón por la que su grandiosa sonata *Hammerklavier* es un leitmotiv en el cuento "Refracciones", que figura en la obra *Papeles de Sara y otros relatos* (1985).

En su obra *Congregación del cuerpo único* (1989), hay un testimonio de gratitud a esos colosos que tanto reverenciaba:

"Tantas manos para tus manos. / Tanta ocupación mezquina o desolada para tus manos. / Pero ahora ellas refulgen. / Ahora los grandes ancianos te sonríen / las toman / te las llenan de tiempo y de sabiduría / se sientan a escuchar lo que tus manos descifran / porque esta es tu hora de abolición y reflexión / donde tú hablas por ellos. / Y vas a ser / no eres. / Te rodean. / El aire agita sus pelucas sus faldones sus frentes / perladas de eternidad. / Sus dulzuras cansancios virulencias te acometen. / Las

11. "Los conciertos de Beethoven y la OSN", en *Isla Abierta*, sábado 3 de octubre de 1981.;

marcas de viruela del padre sordo se encienden / como lentejuelas en la página ardida de signos. / Cada página un haz de cicatrices de donde brota una fuente. / Cada compás un faro para alumbrar el camino a sus compañeros / que han emprendido el viaje / hace siglos / sobre el océano de las manos / sobre el océano de oídos elevados al pasmo de las profundidades." ("A la música. Meditación ante el piano").

Manuel tenía otros dos compositores de cabecera. Uno era Frédéric Chopin, "el mago de la armonía", como lo llamaba, el romántico traicionado por pésimas interpretaciones de novatos torpes y sin criterio. Manuel nunca se cansó de estudiar y tocar esa música inconfundible por sus contagiosas melodías y su perfección armónica, sus complejidades técnicas y desafíos para el intérprete; una música cuya esencia es contraria a esa languidez enfermiza con la que se confundió al oyente durante tanto tiempo, hasta que apareció Artur Rubinstein para reorientar el rumbo y darle otro sentido.

El otro portento de su predilección era Debussy, autor de una sonoridad inusitada con la que fundó un nuevo concepto musical. En su "Preludio de verano a Claude Debussy", Manuel transmite una admirable comprensión de su música:

"Qué hermoso puede ser el mundo si la imagen tiene su sonido a quien recurrir, / si los dos hallan compensación en algún lado / y a la hoja cabeceante donde un rumor marino se desfleca / responde una mecida blanda y silenciosa, / una dejadez de pausa que no rebasa la insinuación".¹²

12. *La criatura terrestre*, Op. Cit.

La década de los sesenta fue la de su consagración como intérprete. En ese lapso estrenó, con éxito resonante, grandes obras románticas y modernas que ampliaron su repertorio, como los conciertos No.2 en fa de Chopin, en la menor de Edvard Grieg, en fa de George Gershwin, en re para la mano izquierda de Maurice Ravel, y *Noches en los Jardines de España* de Manuel de Falla. Quienes estuvieron presentes en aquellas memorables audiciones aún recuerdan los niveles de excelencia alcanzados por el artista en los inicios de su madurez. Eran despliegues de virtuosismo en obras disímiles por el estilo y las dificultades técnicas que cada una presenta, pero que él acometía con absoluta seguridad y brillantez, confiado en sus destrezas.

Por otro lado, las actuaciones como solista no disminuyeron su actividad junto a otros intérpretes. Hizo recitales con Piantini, con Jacinto Gimbernard, con la soprano Olga Azar y el tenor Rafael Sánchez Cestero, y con la mezzo-soprano Morella Muñoz. En abril y mayo de 1968 acompañó a Jessye Norman en seis inolvidables recitales por todo el país. En 1970 repitió la experiencia en Bellas Artes y viajó a Haití y Jamaica con la cantante norteamericana, que ya se perfilaba como una de las grandes divas del siglo XX.

Junto a su labor interpretativa, desarrolló otras dos líneas matrices que revelan su interés por la superación profesoral y la cultura popular, así como su acendrada religiosidad. A través de la educación-investigación tuvo el acierto de recomendar al Poder Ejecutivo un proyecto de ley para la unificación de la enseñanza musical en el país, que fue aprobado por el Congreso Nacional. Creó el primer curso de Pedagogía Musical en el Conservatorio, llegando a formar un nutrido grupo de maestros. Dictó cursos de piano y pedagogía musical en Santiago

de los Caballeros y La Vega, ofreció cursillos a los profesores de liceos y academias musicales del país, inició gestiones para organizar la Educación Musical Escolar. Participó, como educador y representante de las instituciones musicales dominicanas, en congresos organizados por el Consejo Interamericano de Educación Musical, en Santiago de Chile, Cartagena, Medellín y Toronto. Por último, realizó una valiosa labor de rescate de obras musicales dominicanas y dio a conocer obras inéditas de compositores del pasado y del presente.

En la vertiente creativa, compuso, junto al maestro Manuel Simó, la *Primera Misa Quisqueyana*, que fue estrenada en el Palacio de Bellas Artes con el auspicio de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, y luego interpretada en la Universidad Católica Madre y Maestra de Santiago. Colaboró con el Obispado de esa ciudad en la creación de un *Cancionero Litúrgico Dominicano*, componiendo, además, numerosas canciones para la Iglesia inspiradas en el folklore. Produjo obras para piano, para coro, un ciclo de canciones con letra de Gabriela Mistral, un ciclo de canciones con letra propia, varios himnos a solicitud de diversas instituciones, un *Pregón del naranjero* (en colaboración con Simó), una *Tonada del hombre con pena*, un *Ave María*, un *Padre Nuestro*, y numerosos villancicos, siendo los más divulgados *Ha nacido el Salvador* y *Navidad, luz del mundo*.¹³

Durante una década, desde principios de los setenta, vivió Manuel una etapa de plenitud interpretativa que le permitió seguir expandiendo su repertorio, al tiempo que reponía sus viejos triunfos: Chopin, Gershwin, Falla. Como

13. Véase la Cronología de su labor musical y literaria, elaborada por el propio Rueda gracias a la colaboración de Apolinar Núñez y José Alcántara Almánzar, y que incluyó como apéndice de su obra *Papeles de Sara y otros relatos*, *Op. Cit.*, p. 343-351.

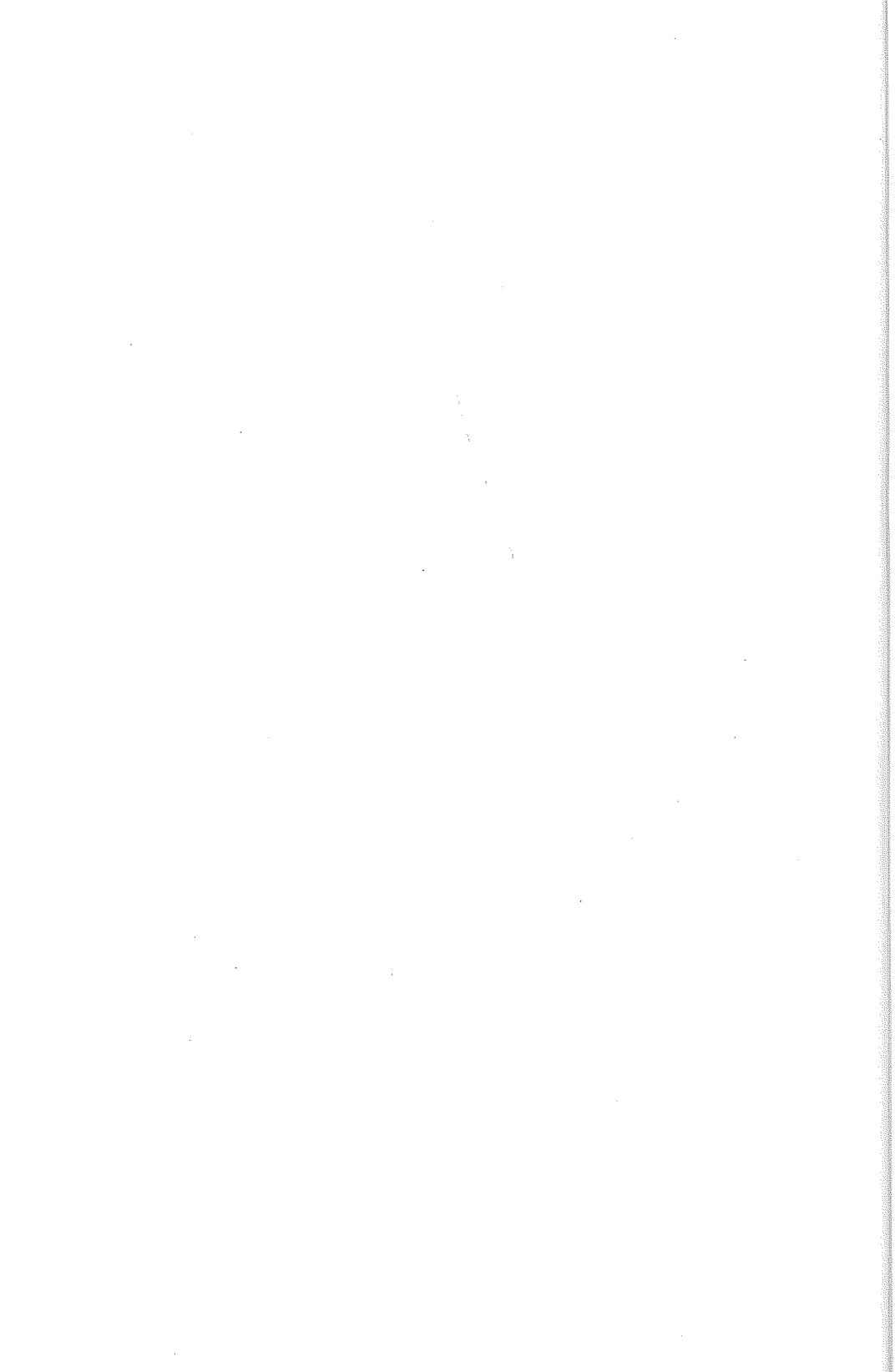
solista tocó la *Rapsodia Sinfónica* de Joaquín Turina, el *Capricho Brillante* de Mendelssohn, la *Fantasia Húngara* de Liszt y los conciertos de Weinsberg y de Gablenz. Con el violinista Josef Sivo, presentó un recital en Bellas Artes; y en compañía de Oscar Luis Valdez Mena, conciertos para dos pianos y orquesta de Bach, Poulenc, y Mozart. Acompañó al barítono Abraham Lind Oquendo en la inauguración del Teatro Nacional, en agosto de 1973. Al año siguiente tocó la *Fantasia en do para piano, orquesta y coro* de Beethoven y el *Concierto No.5 en fa* de Bach.

Fue en esa década cuando realizó presentaciones antológicas con el tenor Aristides Incháustegui y la soprano Ivonne Haza, primero en un recital de canciones dominicanas, en 1977, y en un *Concierto de Navidad* realizado en el Palacio Nacional en 1979. Con ambos cantantes haría historia, aquí y en el exterior, sobre todo en Cuba y México. Como si fuera poco, presentó un recital con su discípula predilecta y acompañante habitual, Miriam Ariza, con obras de Mozart, Saint-Saëns, Debussy, Milhaud y Lutoslawski. Para cerrar este admirable ciclo de su carrera, Manuel tocó, junto a Gimbernard y el cellista François Bahuaud, el *Triple Concierto* de Beethoven, proeza que repitieron en Puerto Rico, invitados por los organizadores del Festival Casals. Tomó parte en un concierto realizado en el Carnegie Hall para conmemorar las festividades del 21 de enero, Día de la Altagracia, y en el concierto dedicado a las madres dominicanas en el Alice Tully Hall de New York. Aquí participó en el homenaje a Luis Rivera y tuvo actuación sobresaliente en los *Conciertos de Beethoven*, organizados por Aristides Incháustegui en 1981, cuando era Director General de Bellas Artes.¹⁴

14. *Vida musical en Santo Domingo, 1966-1996*. Aristides Incháustegui y Blanca Delgado Malagón.

La década de los setenta fue realmente fecunda para Manuel como escritor. Su pasión por el folklore lo impulsó a recorrer los campos del país en busca de materiales para sus *Adivinanzas dominicanas* (1970), considerada la más extensa de América, y *Conocimiento y poesía en el folklore* (1971), obras publicadas mientras se desempeñaba como Director de Investigaciones Folklóricas de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.

Pero el año de 1974 fue sin duda el más importante para Manuel. La noche del 22 de febrero pronunció su célebre conferencia en la Biblioteca Nacional, bajo el título de "Claves para una poesía plural", dejando inaugurada una nueva etapa en la literatura dominicana. El Pluralismo, movimiento poético de vanguardia, nació para vincular la poesía con su fuente primigenia, la música. En 1975 publicó uno de sus libros más controversiales, *Con el tambor de las islas. Pluralemas*, que recogía las experiencias pluralistas. Al año siguiente, como prueba de que no había renunciado a la tradición, dio a conocer su leyenda histórica *La prisionera del Alcázar*. Por último, en 1980 apareció *Todo Santo Domingo*, en español e inglés, un libro de divulgación de los valores históricos y las bellezas naturales del país, con más de doscientas fotografías a color.



Intermezzo

El artista en su hogar

No era madrugador, sino un noctámbulo empedernido a quien desvelaban sus afanes musicales, literarios o mundanos. Con frecuencia, aún en vigilia, le sorprendía el alba. Entonces, tal vez rumiando el poema que acababa de escribir, se dirigía a su cuarto y allí entraba en la cama, embalsamado y listo para quedarse inmóvil durante horas. Las diez de la mañana eran para él las diez de la madrugada. Nadie como Manuel disfrutaba tanto de la oscuridad de su refugio y aquel mullido lecho de colchón y almohadas, arrebujaado en las sábanas, sin que nada ni nadie pudiera rescatarlo:

“La cama es una tumba para que nos movamos / con sombra y luz y un poco de alardeante conciencia. / Una tumba segura, cotidiana, / en la que caen rostros, ropajes, sacrificios / y sólo queda el alma como el pobre / destello de algún sol quietamente sombrío, / la frente que no pesa, y las ponemos, / cómodamente al fin,

a conciliarnos / toda la luz del mundo en un instante".¹⁵

Manuel era un comensal extraordinario, un "gourmet pantagruélico", si cabe el término. Apenas si bebía alguna que otra copa de vino ocasionalmente, pero le fascinaba comer y alababa las virtudes de cada plato que complacía su paladar. La mesa debía ser abundante y variada, mas la observancia del protocolo era rigurosa. Había un ritual de manteles y vajillas que su inseparable amiga Aura Marina del Rosario le ayudaba a preservar intacto, con esa fina intuición suya para atender, a menudo sacándolo de apuros. Eran fórmulas de servicio que luego se disipaban en medio de la alegría, los chistes, la risa contagiosa y las atenciones del anfitrión.

Su tía Grecia, que es una gran cocinera, mantenía viva la tradición culinaria del hogar, en el que todos los días se cocinaba como si fuera domingo. En torno a la mesa del comedor se podía medir el humor del jefe de la casa, conocer al último huésped, o terminar la conversación que había quedado inconclusa en la galería, porque era de rigor sentarse a las doce en punto. En esa mesa oval donde no faltaba el postre ni nadie se marchaba sin tomar un café después del almuerzo, cesaban sus batallas matutinas con las alumnas de piano que habían tenido que padecerlo en nombre de la perfección, y se extinguían los regaños destemplados a quien no hubiera seguido sus órdenes al pie de la letra. Entonces surgía un clima relajado y ameno para las delicias del yantar, porque "Es bueno que el hambre nos espere / con tenedores desvelados",¹⁶ y a nadie le estaba permitido irrumpir en aquella ceremonia íntima. El patriarca

15. "Variaciones del ocio", en *La criatura terrestre*.

16. "Ritos cotidianos", en *Congregación del cuerpo único*.

tomaba asiento a la cabecera este de la mesa y hacía una señal para que comenzaran a servir.

Nunca mejor que ese instante para calibrar su sentido de la hospitalidad y su paternalismo. Las fuentes rebosaban de alimentos y era usual que cualquier pariente o amigo, aparecido a último minuto, fuese invitado a sentarse para compartir. Él mismo había comprado, a precio astronómico, el mapuey o la carnita "especial" a la marchanta que lo engatusaba con sorpresas bien calculadas y que él recibía con muestras de gratitud.

Comer, en la casa de Manuel, significaba muchas cosas. La mesa, territorio de concordia, era un símbolo de amistad en todas sus vertientes: la apasionada que se consume en un día; la franca y generosa que sus amigos conocían tan bien; la que coronaba un esfuerzo, o sea, aquella con que solía recompensar a los colegas que habían pasado horas trabajando con él en su estudio, a veces en medio de sus severas observaciones; la que suponía una forma de pacto o alianza con sus colaboradores. Pero las más de las veces se trataba de una amistad sin propósitos, un tributo a sus seres queridos, con lo mejor que podía ofrecer después de su arte.

Innumerables veces, en torno a esa mesa de caoba en su hogar del segundo piso de la calle Pasteur 53, se vieron congregados sus amigos para festejar sus cumpleaños, los éxitos de un concierto o una conferencia, la llegada de un visitante notable, o simplemente para charlar, agradecer un gesto amable, una actitud solidaria, un compromiso de trabajo. Durante veinte años de amistad entrañable, pude seguir, paso a paso, las evoluciones de esta figura cimera. Cuando su mesa empezó a languidecer, por la ausencia de la tía Grecia, primero, y la falta de servicio doméstico regular, después, me di cuenta de que había comenzado el ocaso de mi gran amigo y maestro.

Pero faltaban años para que eso ocurriera. Todavía eran los tiempos de celebrar y recibir a los integrantes del Mariachi todos los domingos en la tarde para tomar el té, después de una lectura, conversar con Margarita Luna que estaba en Santo Domingo por unos días, o escuchar a Miriam, que se preparaba para tocar el concierto de Schumann o el de Tchaikovski. Llegaba entonces el momento de los deleites gastronómicos, que Manuel se esmeraba en ofrecernos. Sus brindis "franciscanos", como él los llamaba, nos dejaban asombrados por su exquisitez. Era la época de disfrutar de la pericia culinaria de Dulce Macarrulla y la última receta de Ida; tiempos de ilusiones en que, con la complicidad de su leal amiga, infaltable los domingos ("mis semanas / que van del lunes hasta aura marina"¹⁷), ensayaba fórmulas hasta dar con la difícil esponjosidad de aquel "Postre Imperial" que ambos habían saboreado en la memorable cena ofrecida a los Reyes de España en su primera visita al país. Si estaba de buen humor, no había quien le ganara en materia de halagos, ni quien se resistiera a sus arrumacos y sus chistes, que prodigaba a quienes deseaba complacer o conquistar.

Le gustaba viajar y conocer otros países y ciudades, España, Cuba, México, sobre todo Puerto Rico, donde vivían Manolito y Agustín, sus hijos de crianza, a quienes socorría pródigamente cada vez que podía. Y aunque las caminatas se convirtieran en una tortura debido a sus pies callosos y sofocación por falta de ejercicio físico, se sobreponía a las circunstancias, sorteaba los escollos y se preparaba para el reencuentro con el gran arte del mundo. Había que oír sus relatos de viaje, cómo la Alhambra, los frescos de la Capilla Sixtina o una pirámide maya se convertían en formidables lecciones de historia.

17. "Final de carta", en *Congregación del cuerpo único*.

Paseaba poco en Santo Domingo, excepto cuando tenía un compromiso o invitaciones a cenar, que rara vez despreciaba. Su impericia como conductor le hacía con frecuencia depender de otros para trasladarse a cualquier sitio. Mientras tanto, sus automóviles se deshacían lentamente en la marquesina del edificio, abatidos por el salitre y el polvo, pese a que nada le ilusionaba tanto como un nuevo carro, que por lo general compraba con grandes sacrificios, como en aquella ocasión en que para adquirir uno de medio uso, vendió, por una cantidad irrisoria, el único ejemplar de *Las noches* con dibujos a lápiz realizados por Jaime Colson y que hoy debe costar una fortuna.

Su vida continuó deslizándose durante años por la pendiente de una rutina diaria que no excluía la creación ni el festejo. Cinéfilo a carta cabal, no se perdía los estrenos de la semana en distintas salas de la ciudad, hasta que los cines se volvieron indeseables, asaltados por los ruidos, hechos una miseria a causa de servicios deficientes y la epidemia de roedores humanos que en la oscuridad devoran sus palomitas de maíz. Cuando descubrió la televisión a color, que le parecía una alternativa ideal, pasaba horas ante su flamante aparato, viendo películas de Greta Garbo, Vivien Leigh o Ingrid Bergman, que lo maravillaban siempre, cuando no algún programa de música de cámara o ballet.

En fin, pasaba sus días entre el teclado del piano y la página en blanco, inmerso en su mundo de soledad creadora, desentendido por completo de los menesteres acuciantes del hogar que otros debían resolver, aquellos problemas que convierten la casa en un "organismo vivo" que todo lo devora, tiempo, energías, dinero. Nunca sabía si el carro tenía gasolina ni cuándo se le había cambiado el aceite la última vez. Su despiste era tan

abismal, que pagar la electricidad, el teléfono o el agua eran cosas que no se le ocurrían o quizá porque sabía que Aura Marina, convertida en ángel protector, iba a resolverlas en su momento.

Él mismo se definió inmejorablemente en un soneto:

“Me levanto, me afeito, me acomodo / a la vida y doy bajo la ducha / a la piel de mis sueños tanta lucha / que al sumidero van, vueltos ya lodo. // Retomo mi lugar, mi voz, mi apodo / salgo al día: la luz ahora es mucha. / Hago ruido, me muevo: nadie escucha. / Vuelvo a mi soledad, después de todo. // Cada hora a mis ritos de hombre sano. / Sonreír al que pasa. Dar la mano / al amigo, al malvado, al pordio-sero. // Pero al fin a mi cuarto nuevamente, / a encontrarme conmigo frente a frente / sin saber si es que vivo o es que muero”.¹⁸

18. “El enigma”, en *Las edades del viento*, 1969.

Genio y figura

Decir que Manuel era un "niño grande" equivaldría a una simplificación excesiva de su persona. Es cierto que nunca perdió la capacidad creativa, la curiosidad permanente, las respuestas espontáneas tan propias de los espíritus juveniles. Quienes lo conocimos a fondo, sabemos que su aguda perceptividad y su hondura analítica, verdaderamente proverbiales, se sustentaban en una formación como sólo han tenido contados intelectuales en este país. Había pocos libros importantes, de cualquier época, que él no hubiera leído y de los que no tuviera una opinión autorizada. Lo que sorprendía no era su erudición —algo que le parecía detestable—, sino lo bien asimilado del conocimiento, ese orden mental en el que cada cosa parecía ocupar su lugar exacto; ese don para recordar y relacionar hechos y saberes con una lógica envidiable. De igual modo, su autoridad musical era de una magnitud asombrosa, llevándolo a niveles de excelencia que resultaban demasiado cáusticos para la mayoría, como lo recuerdan colaboradores y alumnos del Conservatorio que dirigió durante casi dos decenios. Él mismo, en una especie de "burla burlando", describió los rasgos de su humor en el poema "El director y cállese":

"Ahora llega / míralo bien / su vozarrón su calva / su cansancio de lunes y programas / de oficios memorándums pedagogos / mecanografistas que teclean su sonata visiva en clave Remington / componiéndose el moño y la sonrisa / llega tarde y exige se retrasa nos urge".¹⁹

19. *Por los mares de la dama. Poesía 1970-1975, Op. Cit.*

Era un crítico incisivo, por lo general severo, a veces implacable, poco inclinado al aplauso, y un polemista temible, cualidad que lo llevó a reñir con tanta gente del mundillo literario y musical dominicano, no siempre situada a su altura intelectual o artística. Se fue creando un estereotipo de individuo intransitable, capaz de llevar una discusión al rojo vivo. Sabía muy bien que su techo era de cristal y que sus argumentos y razones, por lógicos y contundentes que fuesen, se estrellaban contra un muro infranqueable. Sabía también defender sus causas, armado de conocimientos a menudo difíciles de refutar, pero al final la homofobia instrumentada por algunos adversarios como una carta escondida para el momento de la derrota, cuando ya no quedaban más argumentaciones, terminaba arrojando sobre él un lodo con el que estaba familiarizado. Ante tal situación no le quedaba más remedio que callar, consciente de su fragilidad personal.

Manuel detestaba la mediocridad y se enfrentaba a ella sin tregua. Adivinaba la falsedad bajo las apariencias, lanzándose a desenmascararla de inmediato, y era muy sensible a la traición y los golpes bajos de gente que sabía aprovecharse de su vulnerabilidad. Pero tuvo que pagar un precio demasiado alto por su comportamiento, que incluía actitudes rigurosas y reacciones expansivas, en un país donde no se perdona la sinceridad ni la excelencia; un país donde la envidia crece como la mala yerba en los jardines más cultivados. En muchas ocasiones se inhibió de opinar sobre asuntos de su competencia, pero en muchísimas otras habló, valoró, enjuició, y lo hizo siempre sin ambages, con las palabras más descarnadas, frente a testigos insidiosos que se hacían pasar por seguidores incondicionales.

Para respetar al otro, Manuel tenía que admirarlo. De lo contrario, lo ignoraba o lo zahería con sus comentarios

vitriólicos, que con frecuencia no podía evitar. Sus pequeñas guerras, en las que invirtió tanto esfuerzo y de las que a veces se arrepentía después, le dieron, al final de su vida, una amarga sabiduría que se tradujo en silencio y aumentó su soledad. Vivía en una especie de ostracismo interior, alejado de todas las cosas y los medios sociales. De ahí su expresión adusta, casi ausente, de los últimos años, o su sonrisa de desencanto, con la que remataba, sin palabras, cualquier problema enojoso.

Con él no sólo aprendí a ver la literatura con otros ojos, acaso más abiertos, para bien y para mal, y por tanto, de dolorosas consecuencias en el ejercicio de la creación y la crítica. Una vez me dijo que no era muy bueno tener demasiada conciencia de las limitaciones propias, porque eso paraliza al artista, pero tampoco uno debe aceptar un juego de ingenuidades en el que todo lo que se hace resulta maravilloso. Esa acriticidad de los autores y músicos lo irritaba y le hacía perder su escasa paciencia. Había que estar preparado a oír sus comentarios, no siempre amables, cuando se acudía a su casa para leerle un escrito o tocar el piano, y en más de una oportunidad sentí temor de sus reacciones. ¡Pero qué satisfacción cuando le parecía bien! Sus palabras eran un premio verdadero.

También en compañía suya, en conciertos y a través de discos, aprendí a escuchar la música de un modo distinto, pasando de la epidermis melódica a las profundidades sonoras. No toleraba una conversación si había música, porque ésta requería total concentración, total entrega, para poder ser comprendida plenamente. A veces llevaba el ritmo de la melodía tamborileando con los dedos sobre una mesa o en el brazo de su butaca, con la mirada perdida, inmerso en las profundidades del sonido. Sus manos, largas y un poco delgadas

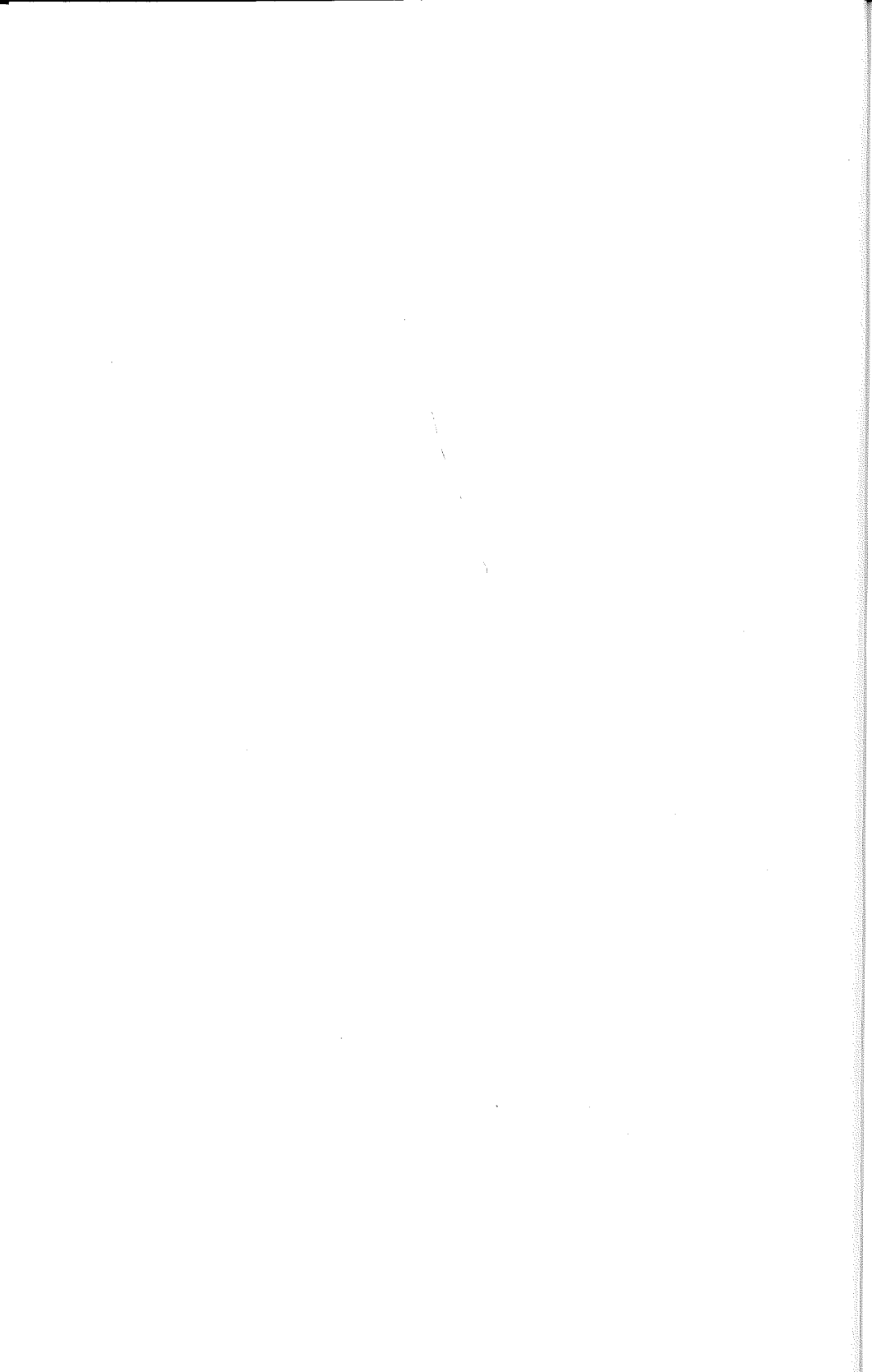
con relación a la corpulencia de su cuerpo en sus mejores años, eran objeto de un celoso cuidado, no estético sino profesional. Nunca las cerraba del todo, jamás se transformaban en puños. Por lo general permanecían en posición relajada, medio abiertas, como listas para la próxima ejecución, con el extenso arco que el oficio había estirado. Nunca hacía nada práctico con ellas y se molestaba cuando alguien le daba un apretón como saludo. El tamaño de las manos no era lo importante, decía convencido, y ahí estaban las de Alicia de Larrocha para probarlo, porque se toca con la cabeza, con el cerebro, que es el conductor de los movimientos. Todo el cuerpo de un pianista, y no sólo sus manos, está envuelto en el proceso de interpretación. El envaramiento de los brazos y la rigidez de la postura conducen a una ineficacia en los resultados.

Manuel pertenecía a una generación de pianistas que anteponían la musicalidad a la técnica. Podía dejarse impresionar por un alarde virtuosístico, como le ocurría con las grabaciones de Martha Argerich, la fabulosa argentina de velocidades delirantes, aunque de una precisión irreprochable. Prefería, en cambio, a los pianistas de la escuela alemana, a Walter Gieseking –consagrado en un poema de *La criatura terrestre*– o Wilhelm Kempff, que era su modelo para tocar a Beethoven.

Sentía una viva admiración por leyendas como Artur Schnabel, Emil Gilels y Alicia de Larrocha, o artistas notables como Glenn Gould, Arturo Benedetti Michelangeli y Maurizio Pollini, pero nunca lo vi aceptar incondicionalmente una interpretación. A Gilels, por ejemplo, le criticaba la lentitud de su versión del *Concierto No. 27 en si bemol* de Mozart, que él mismo llegó a interpretar en el Teatro Nacional. No le satisfacían las últimas grabaciones de Rudolf Serkin, que estimaba desacertadas, ni muchas

de Vladimir Horowitz, incluidas algunas de su recital en Moscú a mediados de los ochenta.

En sus últimos años se entusiasmó con la aparición de Murray Perahia, un artista prodigioso de un repertorio vastísimo, y celebró la presencia, en nuestro país, del estupendo Daniel Barenboim, que hizo en Santo Domingo una magnífica interpretación del *Concierto No.2 en si bemol mayor* de Beethoven. Una sola vez lo vi saltar de su asiento para aplaudir y dar bravos al final de una presentación en el Teatro Nacional. El pianista era un elegante señor cargado de años, que había salido al escenario con paso tardo y figura encorvada. Desde los primeros compases, su imagen se desvaneció para dar paso a aquella música inigualable que sus manos arrancaban al instrumento. Era Claudio Arrau, en un memorable recital ante un público que supo aclamarlo como se merecía.



Los adioses

Sonata de otoño (1983-1999)

En 1981 cumplió Manuel sesenta años de edad. Había dejado de ser el pianista robusto, vestido de dril blanco, con espejuelos de pasta, mirada alerta y sonrisa de satisfacción, que aparece en las fotos de sus mejores años del Conservatorio. Había renunciado, también, a ser delgado a fuerza de crueles dietas, a tener pelo abundante con el auxilio de un bisoñé que ocultó su calvicie por un tiempo. En el poema "Testamento abierto" deja constancia de su nueva etapa:

"Tener 60 años es fácil. / La música te espera / puntual / y el ejercicio de tus dedos la cumplen. / Y está el verso esperando / trunco sobre la página / enfermando de esfuerzo y literatura / esperando... // Pero es bueno estar con los libros desocupados en las manos / porque la vida cansa sobre la página / porque la vida duele / hecha de letras y páginas que pasan / porque tú no comprendes / a los 60 años cumplidos /

la literatura / y desprecias la erudición / y te
atiborras de ella / consumes montañas de lí-
neas / desbrozas selvas de versos inconclusos /
discutes un problema de estética con los ami-
gos / lees a Pound".²⁰

Empezaba el otoño de su vida con la conciencia del que no se autoengaña. Se percibe en estos versos cierta fatiga, un cambio personal que sería cada vez más visible. Poco a poco se hizo más sensible e intolerante con ciertas cosas para las que no se sentía preparado, como esos homenajes en honor a su persona, que fácilmente se convertían en un epítome de la cursilería. Se tornó más agresivo con los escritorzuelos del patio, negado publicar sus textos o complacer su vanidad. Leía cada vez menos las obras actuales, argumentando que no tenía nada que buscar en ellas, por repetitivas, insulsas o mal escritas. Se refugió en las grandes obras de todos los tiempos. Estaba aferrado al *Quijote*, volvió a *La Divina Comedia* con la mirada inocente del primer día, releyó a Proust completo, redescubrió a Dostoievski, a Eliot, a Pessoa, lo vi entusiasmarse con *Madame Bovary*. Miraba con escepticismo lo que veía como producto de la publicidad. Estaba inmerso en un pasado irrecuperable del que ya no retornaría.

El suceso más dramático de aquellos años fue la herida discal que lo mantuvo en cama durante meses, casi sin esperanzas de recuperarse y volver a moverse con soltura y caminar, circunstancia que le permitió escribir "Papeles de Sara", uno de sus relatos más hermosos. Sin embargo, a los sesenta era protagonista de realizaciones y logros que consolidaban su posición de primera

20. *Contregación del cuerpo único, Op. Cit.*

figura del arte nacional. En esos años fue miembro prominente del jurado de poesía de los Premios Siboney, y su influencia fue decisiva, junto a otros escritores, en el curso de aquella valiosa experiencia de mecenazgo privado a la creación literaria.²¹

Además, los trofeos llegaban a sus manos casi por cada obra literaria que publicara. Así, ganó el primero y tercer premios del Concurso de Cuentos de Casa de Teatro, en 1978, con "La bella nerudeana" y "Palomos", respectivamente; y obtuvo seis Premios Anuales: tres en Poesía: *Por los mares de la dama* (1976), *Las edades del viento* (1979) y *Congregación del cuerpo único* (1989); uno en Teatro: *El rey Clinejas* (1979), uno en Cuento: *Papeles de Sara y otros relatos* (1985), y uno en Novela: *Bienvenida y la noche* (1994). Para coronar su trayectoria como autor, se le otorgó, en 1994, el Premio Nacional de Literatura, por su obra de toda una vida de consagración a las letras, y al año siguiente, cuando él mismo creía imposible que un dramaturgo de una isleta perdida en el Caribe derrotara a centenares de concursantes de España e Hispanoamérica, el Instituto de Cooperación Iberoamericana le confirió el prestigioso Premio Tirso de Molina por su *Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca*.

En el plano personal, su satisfacción más grande al inicio de los ochenta fue la creación del suplemento *Isla Abierta*, del periódico *Hoy*, que se abría como un espacio nuevo en el panorama cultural dominicano, con énfasis

21. El jurado de poesía estaba compuesto por Freddy Gatón Arce, Manuel Rueda y Máximo Avilés Blonda; el de literatura por Freddy Prestol Castillo, Virgilio Díaz Grullón y Ramón Francisco; y el de ensayo por Pedro Troncoso Sánchez, Héctor Incháustegui Cabral y Hugo Tolentino Dipp. Cuando fallecieron Prestol Castillo e Incháustegui Cabral, fueron sustituidos por Antonio Zaglul y José Alcántara Almánzar, respectivamente. El secretario del grupo fue siempre el novelista Marcio Veloz Maggiolo.

en literatura y artes plásticas. Los escritores, pintores y escultores nacionales encontraron allí un ámbito de divulgación que él supo dirigir y orientar con espíritu renovador y ojos y oídos atentos a las nuevas corrientes de la creación visual y literaria. A través de sus editoriales, cada semana incursionaba en temas diversos de arte, música, folklore, poesía, llevando un registro de nuestras palpitaciones culturales más importantes. Por otro lado, en su condición de Director de la Fundación Corripio, desarrolló un ambicioso programa editorial con la Colección de Clásicos Dominicanos, con el propósito de rescatar obras y autores representativos de la República Dominicana.

En el campo de la interpretación pianística, continuó activo por algún tiempo. Se había producido un renacimiento de Mozart ante la proximidad del bicentenario de su muerte, y Manuel tocó, en dos funciones, bajo el título de *Evocando a Mozart*, el *Concierto No.18 en si bemol*, el *Concierto No.27 en si bemol*, y repuso, con Miriam, el *Concierto para dos pianos y orquesta*. Fueron meses de arduo trabajo que en 1986 lo llevaron al borde de la extenuación. Mientras memorizaba las partituras, se entretenía escuchando todo cuanto cayera en sus manos, desde las clásicas versiones de Mozart en manos de sus intérpretes más fieles, hasta las más recientes y celebradas, como las de Mitsuko Uchida, la japonesa que entonces causaba sensación en todas partes. Recuerdo que en uno de los ensayos generales en el Teatro Nacional, alguien le preguntó cómo se sentía al enfrentar ese nuevo desafío en su carrera y él, aludiendo a las dificultades, contestó, con un dejo de ironía: "Aquí, pasando las de Quico y Caco".

Tuvo una participación, junto a Miriam, en la celebración de las Bodas de Oro de Piantini con la Música, con la *Suite Scaramouche para dos pianos* de Milhaud. También

tocó nuevamente el *Concierto para la mano izquierda* de Ravel, con resultados que lo dejaron complacido. Después realizó tres presentaciones en público con la *Rapsodia dominicana No. 1 para piano y orquesta* de Luis Rivera, en las que exhibió una fogosidad criolla que desmentía su edad. Su última aparición en el Teatro Nacional fue el 5 de agosto de 1991. El 27 de ese mismo mes cumplió setenta años. Por mucho tiempo se estuvo preparando para tocar la versión pianística del *Concierto para violín y orquesta* de Beethoven, obra en verdad excepcional y de largo aliento, que requiere profundidad, madurez y resistencia. Dolorosamente, no pudo actuar como se proponía. En el ensayo general se sintió indispuerto y canceló su participación en la temporada. Sólo volvió a tocar en la intimidad de su hogar, para unos cuantos elegidos.

Los amigos de Manuel seguimos de cerca su evolución personal en sus últimos años de vida. Nos dolía el ocaso de esa estrella luminosa que iba apagándose lentamente, pese a sus intentos de asirse, cuando podía, al recurso de su contagioso humor y sus carcajadas estentóreas. Sus dolencias del corazón le hacían visitar con asiduidad al doctor Guarocuya Batista del Villar, el especialista que lo atendía y aconsejaba. Su buen apetito se veía interferido por las prótesis dentales que lo torturaban, y luego por la diabetes que le obligó, a regañadientes, a someterse a régimen. Aunque la doctora Corina de Jesús tenía sobradas razones para prohibirle los dulces y recomendarle moderación, se peleaba con ella, porque no quería renunciar a sus postres ni a sus hábitos alimentarios. De todos modos, enflaqueció. Se puso muy delgado y al caminar su cuerpo oscilaba como un bambú que se balancea al ritmo del viento. Era notorio un ligero temblor de sus manos al sostener

una taza, tal vez a causa de un Parkinson incipiente. Sus fuerzas aminoraban y se sentía impotente para evitar el declive de la casa bajo el polvo y las telarañas, o impedir el robo de cuadros valiosos casi en sus narices.

El final se aproximaba, pero estaba lleno de ilusiones y proyectos. En 1998, el Banco Central auspició la publicación de sus últimos libros: *Imágenes del dominicano*, que reúne una serie de interesantes ensayos sobre folklore literario y narrativa; y su obra cumbre de poesía, *Las metamorfosis de Makandal*, cuya salida provocó un revuelo en nuestro medio, a causa de un fragmento en el que se refiere con sarcasmo al circo político local. Pocos advirtieron entonces el verdadero tema subversivo de la obra, que no es otro que convertir al negro en símbolo de nuestra identidad cultural. La recompensa por los sinsabores que produjo la aparición del *Makandal* no tardó en llegar. En abril de 1999, se le otorgó el Gran Premio de la Feria del Libro "Don Eduardo León Jimenes", para alegría del autor y los editores.

Manuel no cesaba de escribir, sobre todo poesía, y terminó una obra de teatro titulada *Un escenario para Brito*, que una tarde leyera a sus amigos. Seguía orientando a María de Fátima Gerales y a María Irene Blanco para un cercano recital con obras de Beethoven, instando a Miriam a volver al piano, o diciéndome que no podía dejar de escribir cuando fui a leerle la crónica que había preparado sobre mi viaje a Rumanía; dejándonos, en fin, nuestras respectivas tareas para cuando él ya no estuviera.

Los últimos meses fueron sombríos y monótonos. Prácticamente no salía de la casa, ni iba a su oficina en *Isla Abierta*, ni llamaba a Pilar Albiac, su amiga zaragozana, ni asistía a conciertos, ni aceptaba invitaciones a cenar. Si tenía ánimo se la pasaba escuchando

la colección de discos de *Pianistas del Siglo XX*, que constituía su más reciente juguete. Las últimas veces que vino a casa, en mi cumpleaños, primero, y en la cena del Mariachi con Mirla Salazar, después, se le notaba desganado y taciturno, aunque hacía esfuerzos para mostrarse simpático y bromista. No podíamos evitar la preocupación ni los comentarios lúgubres acerca de su salud.

Rolando Batista, su compañero en la fase final, era el único testigo de una vida que se extinguía. Pasaba las mañanas en la galería, con la bata arrugada, desaliñado, sin leer ni hablar. Si alguien llegaba lo recibía sin demasiadas muestras de entusiasmo. No se quejaba, no pedía ayuda. Cuando le pregunté por el resultado de los últimos análisis de laboratorio, me dijo, con el tono cortante del que está irritado porque no se atreve a revelar lo inconfesable: "Ahí están, míralos tú mismo." Me alarmó lo de la hepatitis, pero no creí que fuese concluyente. Había en él un gran estoicismo y estaba decidido a soportar el sufrimiento sin una mueca, sin estridencias.

Una noche, poco antes de su gravedad final, Ida y yo fuimos a visitarlo. Escuchó, con un interés estropeado por el malestar, el artículo de Chopin que yo había escrito para el sesquicentenario de su muerte. Me hizo un reparo al oír que los vales de Chopin no eran bailables. "¿Quién dijo eso? -preguntó-. En Rusia se bailaban muchísimo." Y luego se puso a dictar providencias que garantizaran protección a los más necesitados de sus parientes; intentando, con sus palabras, despojarse de todo lo material que ya no le importaba: dinero, cuadros, discos. Pero era un poco tarde para cambiar el curso de los hechos. Había testado en favor de los mellizos Manolito y Agustín años antes y el documento se hallaba depositado en una caja de seguridad en el banco.

Quería componer un villancico que él deseaba que Aristides e Ivonne cantaran en la Catedral en Navidad, e incluso dictó una carta dirigida al Cardenal, que copiamos en un folder, en la que le pedía disculpas por sus errores de antaño, rogándole incluir el villancico en la programación navideña. Soledad Álvarez se había afanado en ayudarlo a escribir la letra, inútilmente. Eran vanos intentos de aferrarse a la vida a través del arte, lo único que tenía sentido para él, como la introducción a la literatura del disco de María de Fátima sobre compositores dominicanos que nunca concluyó, pues la debilidad pudo más que el deseo.

Días antes de su muerte, Rolando telefoneó una mañana a mi oficina para decirme que Manuel no despertaba y que, tendido en su cama, no respondía a sus llamados, aunque tenía los ojos abiertos. El corazón me dio un vuelco y ahogado por el susto, corrí a su casa en compañía de un hijo del maestro Bustamante, ex alumno mío, doctor en medicina que trabaja en el Banco Central. Andrés Bustamante encontró a Manuel inconsciente, pero con pulso. Había sufrido un shock diabético. Su color, amarillo intenso en todo el cuerpo y los ojos, delataba la gravedad de la situación. Al llegar a la Clínica Abreu, el doctor Fernando Contreras lo revivió con inyecciones, y en un aparte me dijo que era el final y debíamos prepararnos. El cáncer del colon había hecho metástasis en los órganos vitales y sólo iban a administrarle paliativos. Sentí que un intenso frío recorría mi cuerpo, dejándome sin aliento por unos instantes.

Manuel Rueda pasó tres días en una cama de la Clínica Abreu, rodeado de sus amigos íntimos y algunos familiares. Allí estuvimos los que siempre lo habíamos querido y admirado, y desfiló mucha gente que lo conocía. El domingo por la noche llegaron, desde Puerto Rico,

Manolito y Agustín. Los había estado esperando con ansiedad para entregarse a su destino. Murió el lunes 20 de diciembre de 1999, a las tres de la tarde. Al día siguiente, su sepelio fue sencillo, sin guardia de honor, sin representaciones oficiales ni políticas notables. Se fue como había vivido, con sencillez, sin aspavientos, dejando mucho dolor entre nosotros. Únicamente la música, a través del *adagio sostenuto* de la *Hammerklavier*, sirvió de marco sonoro a su despedida final en el cementerio.

Años antes, en su antología *Materia del amor*, había escrito su epitafio:

“Muerte la luz revuelta por el manto / que apenas cubre la visión del seno. / Muslo en esguince de lo blanco lleno / y la sien verdecida en el acanto. // Si la muerte lo alaba no hay un canto / mayor que ese silencio, que ese treno / dulcísimo de piel en que sereno / se hace el son a la curva de otro llanto. // Al fin desnudo está. Flores y vellos / trenzan delicias en visión de alcores / y su belleza extiéndose en destellos. // Lo desnudó la muerte: vellos, flores. // Está ya sin dolor. Está completo. / Ahora la eternidad es su secreto”.²²

22. “Ahora la eternidad”, en *Materia del amor*, Biblioteca Básica Dominicana, dirigida por Pedro Vergés, Santo Domingo, Editora Taller, 1994.



Presentación

Manuel Rueda experimentó un intenso proceso creativo en sus últimos años de vida. Sus amigos íntimos conocían, por lecturas y conversaciones, los detalles de esa labor casi febril que produjo varias obras de poesía y teatro –algunas no publicadas hasta ahora– y diversos proyectos que habrían de quedar pendientes en borradores a lápiz o en simples esbozos. Sobreponiéndose a viejos achaques y una visible destemplanza, seguía transitando, con admirable lucidez, por el camino donde había dejado muchos hijos de su talento, con la esperanza de encontrar motivos que le deparasen asombro y belleza.

Luz no usada, título de uno de los manuscritos hallados entre sus papeles inéditos y que la Fundación Corripio, Inc., pone a disposición del público –con el respaldo de su presidente, don José Corripio Estrada, y la orientación de sus directivos, encabezados por el maestro Jacinto Gimbernard–, como una manera de difundir la importante obra de nuestro indispensable artista, al cumplirse otro aniversario de su nacimiento el

27 de agosto, y para mantener cercano su recuerdo, en un país proclive a la desmemoria y al más penoso olvido de sus figuras mayores en cualquiera de los campos del saber.

Después de haber obtenido dos prestigiosos galardones, uno en España con *Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca* (Premio Tirso de Molina 1995), y otro en Santo Domingo con *Las metamorfosis de Makandal* (Premio Nacional Feria del Libro «Don Eduardo León Jimenes» 1999), el poeta entró en el tramo final de su existencia. De hecho, la fecha impresa en la copia computarizada de *Luz no usada* es de principios del año en que murió. Su disposición de ánimo era, por así decirlo, de una serenidad nostálgica, sin ningún asomo de sentimentalismo, confirmando de ese modo que venía de regreso de todas las experiencias acumuladas en su oficio de escritor.

Permanecían en los cimientos de su obra las maravillosas evocaciones de la remota provincia de Monte Cristi, rescatada del paraíso perdido de su niñez, con los conmovedores cuadros de la frontera donde el *rayano*, hijo de una dolorosa escisión, padece las confrontaciones entre pobladores de nuestra isla compartida.

Quedaban atrás los audaces experimentalismos pluralistas que renovaron la poesía dominicana en los años setenta del siglo pasado; las urticantes sátiras con las que zahería a ciertos representantes del deleznable estamento político nacional; el fabuloso submundo del hechicero y sus criaturas; y, en fin, aquella muchedumbre enardecida por los *toros* del carnaval en su patria chica.

Todas estas imágenes forman parte de un corpus literario muy vasto en el que refulgen, con acento muy personal, los atributos de la creación poética y el diseño de un perfil de lo dominicano. Su obra conjunta es, por

un lado, un profundo sondeo de las complejidades de la poesía. Por otro lado explora, sin agotarse nunca, los filones de nuestra identidad, tan contradictoria y cambiante como múltiple y huidiza.

El título *Luz no usada* procede de la conocida oda de fray Luis de León –figura egregia del Siglo de Oro– a Francisco de Salinas, profesor de música de la Universidad de Salamanca, ciego organista de la catedral y amigo del fraile agustino, quien lo elogiaba por su arte inigualable, como lo expresa en la estrofa que sirve de epígrafe al libro de Rueda:

*El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música extremada
por vuestra sabia mano gobernada.*

Salinas es creador de luz a través del sonido. Música que irradia algo nuevo; luz primigenia, creadora del mundo. En la amistad de fray Luis de León y Salinas está todo el misterio que nuestro artista intentó descifrar: el nexo entre música, palabra y ritmo.

De la mano de fray Luis de León –padre del verso sencillo, equilibrado y diáfano– se traslada nuestro poeta a España; más bien, retorna a la tierra que llevaba en su corazón y la que siempre lo deslumbró por sus escritores y músicos, paisajes y acontecimientos. Esa veneración por España se había revelado ya en “A la luz de las crónicas”, extenso poema sobre los conquistadores, de *Por los mares de la dama* (1976); también en “Cuatro poemas españoles”, de *Congregación del cuerpo único* (1989); y regresa ahora en *Luz no usada*, obra breve pero de una intensidad poética singular.

El otro guía de su viaje espiritual es Juan Ramón Jiménez, célebre por su *Platero*, quien supo construir un orbe poético original cuyas raíces se hunden en el modernismo del genio nicaraquíense para proyectarse hacia una modernidad precursora de la mejor poesía española del siglo XX. En el poema "Vida de Juan Ramón Jiménez" se entrelazan momentos capitales del "Andaluz Universal" –sus inicios en Moguer, su aislamiento, sus angustias, la boda con su inseparable Zenobia, el exilio voluntario en América, la presencia en Puerto Rico, la muerte inexorable–, y sobre todo, su ejemplo de creador exigente que perseguía un ideal de perfección inalcanzable, una "poesía pura", de vistoso cromatismo, sólo tributaria de la palabra justa y el tono exacto, con los que elabora su obsesiva temática: "la pérdida de la felicidad", como la ha calificado Francisco Garfias, especialista en su obra.

Juan Ramón, al igual que fray Luis de León, es un paradigma, un creador insuperable y de "belleza sin tacha", quien rastrea las esencias mismas del poema en un ámbito de soledad y de rechazo a las veleidades mundanas:

*Ahora te pido el alboroz,
la camisa de hilo
y el lazo alunecido,
tu cantar de hombre solo
hecho de tus sustancias en reposo,
dios con el recto oído
en los compases alineados
de un verso abierto
a la solemne eternidad de España.
Verso solar del hombre que está quieto
y que anda sin embargo
sobre todos los cielos de la tierra.*

La luz atraviesa todo el libro en una rica gama de matices y situaciones: luz amable o cegadora, fuerza ingrávida que nos rescata de las tinieblas de la muerte, vigorizándonos con su energía incomparable. Pero esa luz que nos redime de la más absoluta oscuridad proviene de un ámbito sonoro. Es ésa la razón que explica el verso del autor de *Luz no usada*: "Y oiréis la luz" –escribeme–, en alusión al arte de los sonidos. Se trata, en resumen, de un homenaje a la música, el oficio al que dedicó su vida entera, hasta que las manos comenzaron a mostrarse indóciles sobre el teclado del piano.

Esta obra constituye también una despedida sin resentimientos ni amarguras. Consciente de su próximo final, en el "Poema de los miedos" expone sus aprensiones y se prepara para el viaje definitivo:

*Miedo de estar aquí,
preservado y agónico,
acariciando unas dolencias
que se han hecho costumbre,
eligiendo palabras para ensalmar la vida,
fórmulas de un amor,
tal vez olvido,
a la espera del pan y del poema
del que salgo maltrecho, hecho pavesas.*

*Oh tú, Manuel, inmóvil,
ahora te dejo desandarte
antes del viaje,
de tantas lejanías que te cercan
y que no alcanzan tu presencia,*

*horizontes de un mar
que ha mojado tus pies y te levanta
preparándote ya a la travesía.*

En los primeros textos del libro hay reflexiones sobre la poesía ("Creación"); el ser a través de la palabra ("Cantar es ser"); y el mar como presencia eterna, obsesión, símbolo de lo que fluye y queda en el tiempo ("El mar de súbito"). Así mismo, *Luz no usada* es un adiós tranquilo del poeta consciente de sí mismo y de su entorno, quien no cesa de pensar y pensarse, sabiendo que:

*Está el poema
que nunca será escrito,
éste es sólo un fragmento,
un rasquear de los lápices
que han insistido en la hoja y en la carne,
en la tierra quemada de mis respiraciones.*

En el poema "Perpetuidad de los espejos", de nuevo hay luz y música, amor y deseos como elementos unificadores. Mediante el uso de la intertextualidad, el autor recupera "rostros de otros mundos"; renace Rubén Darío, dios tutelar de la poesía, con una invocación que pone de relieve sus símbolos más entrañables:

*Padre Rubén, en qué alabastro
subes tornasolado,
sin malaquitas y luces boreales,
aquietando ese cúmulo
de pájaros cantores
donde no hay Margaritas
ni cuentos que contar.*

No podía faltar en este libro el soneto, forma que el poeta cultivó con esmero y de la que fue un consumado artífice desde sus inicios en Chile. Los sonetos titulados "Una muerte" y "Cristo muerto", siguen la línea de su última poesía, toda desasimiento y hondura existencial. La muerte es silencio y olvido; y la imagen de Cristo en el momento de la muerte adquiere proporciones de aterrador soledad y desamparo. Su "esperpento" sobre el tiempo que expira, en el poema "Final de siglo", constituye una lamentación por el ser humano innominado y sin atributos que naufraga en las postrimerías de una época infame.

Quizá resultaría excesivo afirmar que el clima general de la obra es de aflicción. Podemos constatar lo contrario en el villancico "Otro diciembre", compuesto, según su costumbre, para celebrar el nacimiento de Jesús bajo un firmamento de estrellas, ángeles y plegarias. Aunque crucen fugaces imágenes de martirio y muerte, prevalece un aire de optimismo luminoso.

Su paleta cromática resulta espléndida en "Color o huida", donde los colores sirven para nombrar los mil nombres de la naturaleza y el alma. Y en el epílogo del libro, titulado "España de ida y vuelta", asistimos al tributo a una tierra y una cultura sedimentadas en el espíritu del poeta a lo largo de una vida de lecturas y viajes:

*Tú eres como España
en el amanecer:*

*vértigo puro, ardiente, sosegado,
el hidalgo siempre alerta en su cabalgadura
de ilusión.*

*Canto de España que ahora te recibe,
la voz hasta los bordes
en un rasgear de guitarras que sube del abismo*

*y engalana los prados
y se queda temblando, la hora en el aire de la gracia.
Y va la procesión por los caminos,
bienvenido en el "¡ay!" y el "¡Dios te salve!",
"hijo perdido y reencontrado", voces que te
devuelven a la tierra,
a tu piedra de origen,
lámpara en ese polvo de rudos animales
consumidos.*

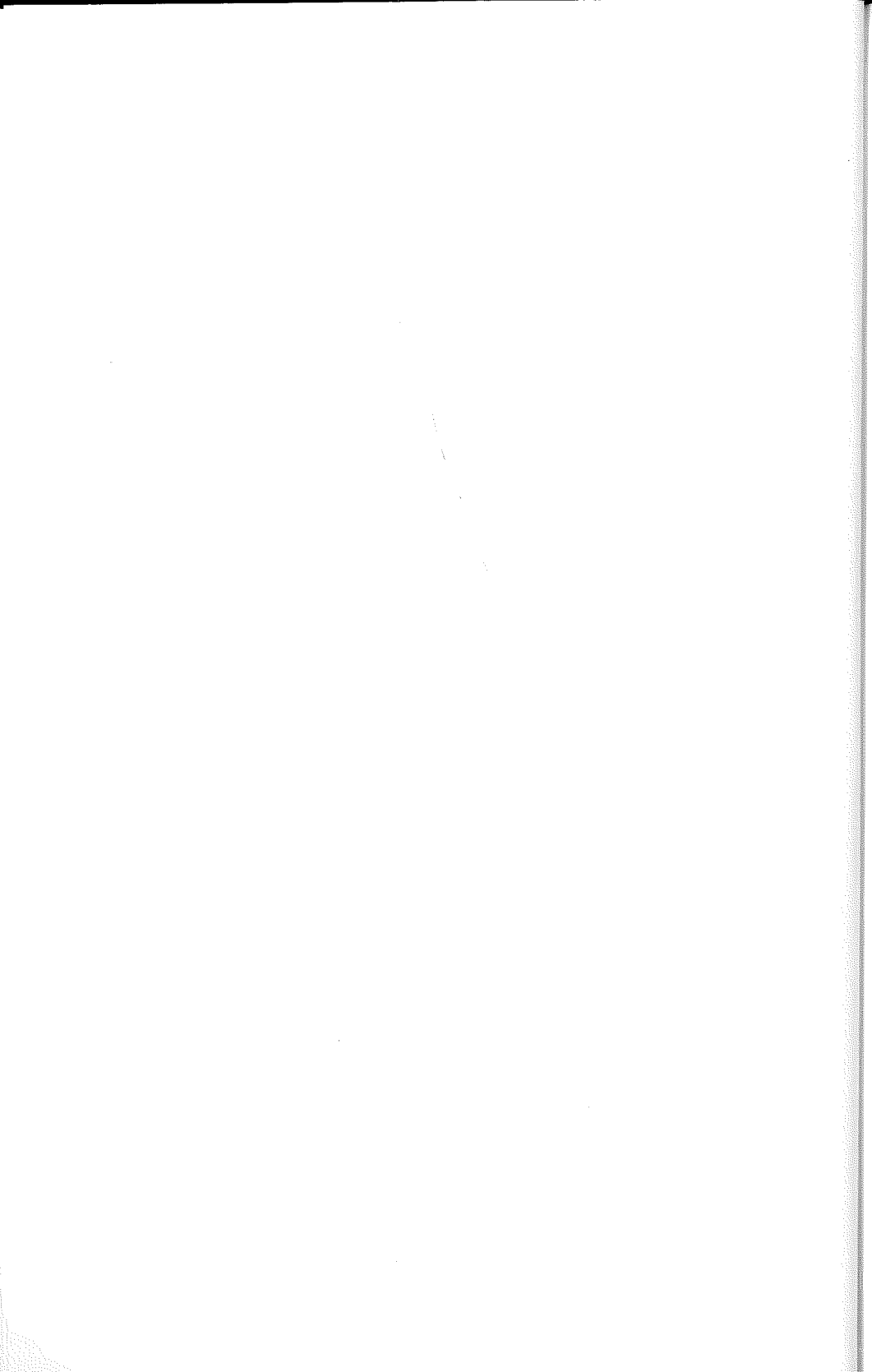
La aparición de *Luz no usada*, libro hasta ahora inédito del inmenso artista que fue Manuel Rueda, constituye un auténtico regocijo para la Fundación Corripio, de la que él fuera director ejecutivo y su principal inspirador durante muchos años. También debería ser motivo de alegría entre los intelectuales, que padecen las dificultades editoriales de nuestro medio, donde escasean los incentivos, mientras numerosas obras permanecen a la espera de una oportuna divulgación.

Con *Luz no usada*, la Fundación Corripio continúa la publicación de una serie de obras de Manuel Rueda —iniciada con los dos volúmenes de *Una voz* en el año 2001—, con el propósito de completar el universo de su extraordinario legado literario.

LUZ NO USADA



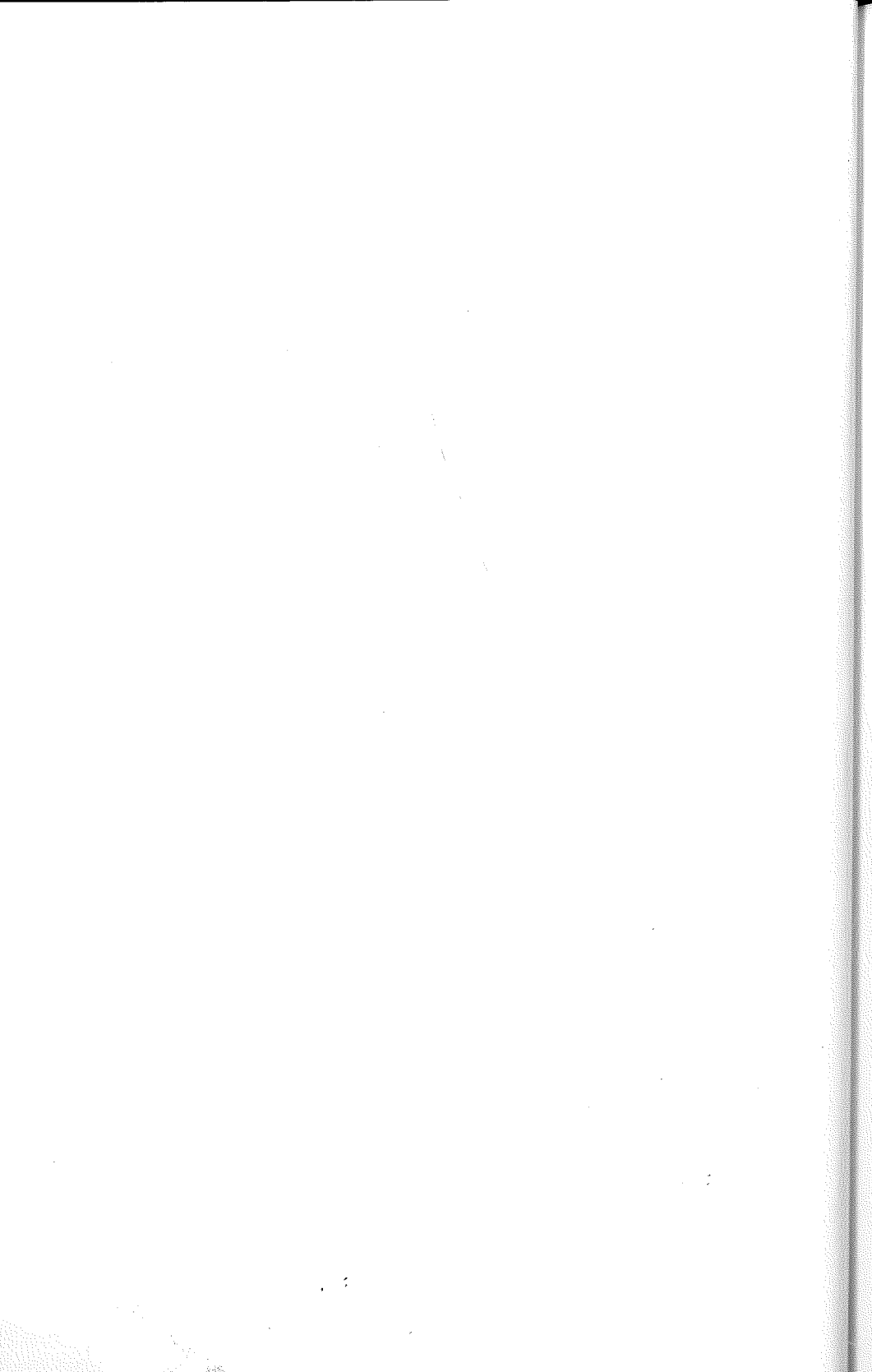
A Manolito y a Cristina, luminarias



*El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, * cuando suena
la música extremada
por vuestra sabia mano gobernada.*

FRAY LUIS DE LEÓN

* Se refiere a Francisco Salinas, profesor de música de la Universidad de Salamanca y organista de la Catedral en dicha ciudad. (Nota del Editor)



CANTAR ES SER

Cantar es ser

¿Y aquél que no puede cantar
y por ello no es?

Dios que aprisionas
con el enrejado de tu lira.

Orfeo, padre nuestro,
domador de las fieras que te siguieron al infierno,
enséñales la senda que han perdido,
la melodía que hará crecer los árboles
donde tu canto flotará perenne
tras el destrozo de las Ménades.

Enséñales el tono,
el espacio asumido por la onda
que sube y baja
del verdor a la libre desembocadura del océano
dando la nota al aire,
procurándole altura,

todo el espacio abierto de una respiración
que no lleva destino
sino éste de ser:

 Ser un momento y para siempre,
un sol que se columbra a través de las edades
y del que sólo los que cantan participan.
Enséñales el camino
antes de que la gran mudez los haga desaparecer
en medio de sus iras.
Por el canto seremos.

 Quién puede proclamarlo
sino tú:
sol que habremos de ver modulados en luz
en el lecho de Eurídice dormida.

LUZ NO USADA

Homenaje a Fray Luis de León

La luz se guarda en árboles,
en un cielo de nunca
que atraviesan los días venideros.
La luz se guarda en torces de viento
y gargantas cautivas
bajo un bosque profundo de materias intactas
que de repente suenan,
y bendita es la luz en el susurro
de un tiempo clausurado,
y amanece.

Nadie toca la luz,
nadie la asedia,
nadie toca la médula escondida de su estrella,

la sustancia de sombra en que reposa despierta
y recogida,
casi no-pensamiento,
no-presencia,
nunca la vida todavía,
sino tactos,
acezos,
resplandores,
miradas que sí ciegan
con alegría y lágrimas cumplidas,
que no recuerdan nada sino alma,
mucho antes del nacer o la palabra,
esa articulación de lo indecible que aún
no se sabe luz
o que ilumina.

Portento de unos ojos que niegan o acarician,
un estar sin imágenes,
orden que no se da a la Nada para que el Todo
esplenda
y sea
y se encienda la célula
y roten los protones en el espacio enardecido
y suba el mundo al filo
de su más alta esfera,
a la raíz,

al légamo,
a la fuente,
al camino perdido y reencontrado,
huella solo,
solitario destino a la deriva de unos ojos
que no se abren todavía.

La luz se guarda en ti

—¿quién eres?—

criatura inaugural
que hace su paraíso a la medida de un deseo
sin entender su dos,
sólo deseo de sí,
amor de sí,

contemplación

de lo apenas creado como labio
o pestaña
o caricia del iris aún temblante
en una redondez no concebida,
tal vez algún moverse
en el lado del sueño.

Allí estaba la luz,

esa que irradia

en cuerpo dissociado de su sombra,

y se levanta,
creada ya y creándose,
sola en la transparencia
del agua y la mirada.

Criaturas: sereis urnas
de la luz primigenia,
vórtice de las formas que están para nacernos,
que se demoran abriendo celosías,
aprendiendo su albor,
su hora,
su canto,
hasta que todo
es gloria de un espacio conquistado.

Tú, Salinas, en vilo,
teclado puro o cielo
en la nube que pasa
y es respuesta
que un dedo no presiona
vestida de hermosura y luz no usada.
Viviréis sin morir,
acordes santos,
arcos en el sin-fin arracimados,
gloria de un eco en piedra repetido,

eternidad que ahora es revelada
en el hondón de un aire que la mano gobierna.

Y oiréis la luz,
 la albricia
de un sonido que asciende
sostenido en memoria de las cosas
y del Dios que las crea para que suenen
de continuo,
se despidan sonando
en la luz que no acaba.

EL MAR DE SÚBITO

Oh, mar, cuánto olvido
en la soledad de una orilla,
cuánta profundidad y sin embargo
ella es lo lejos,
lo que susurra la distancia
y casi va a tocarnos,
casi escapa,
antes que el pensamiento la cobije.

Mar, mar, así de súbito
te apareciste entre las casas
como importuno huésped
que nadie habría adivinado
allí,
a la vuelta de la esquina,
como los perros callejeros
que se espulgan al sol.

En sueños te hemos visto
con las muchachas casaderas
que suben una mañana al trasatlántico
y se esfuman,
cantando por el horizonte.

Un pie pequeño
mojado cual la hoja,
huella en el agua transitoria
de una infancia
en trance de expirar.

Acumulación de tanto tiempo
en témpanos de incertidumbre
y apenas si una espuma aspira a sonreírnos
y es enigma
y es el signo de lo que se pierde
zozobrando
y se hunde
sin atinar con la palabra.

Tú no tienes ya nada que decir,
eres olvido,

y peces imposibles
flotan como desechos de ciudades,
como ráfagas propias a toda desnudez,
en esta orilla donde la materia
se ha desprendido de sus ecos.

Cuna de los ahogados
que recién nacen a la velocidad
en blancos balanceos
y aleteos rabiosos
que exhalan su impotencia
en la proximidad del arrecife.

Aquí tú te haces y deshaces,
columna y ruina,
instantánea visión
que estampa en el vacío su insistencia
de ser.

¡Cuán sabia simultaneidad!

¿Transcurre?

Te pierdes y regresas.
Caes y te pierdes. Y sin embargo estás
intacto delante de mis ojos,

PERPETUIDAD DE LOS ESPEJOS

I

En la memoria del espejo
sobrenadan rostros de otros mundos
que no nos pertenecen.

¡Mirar la transparencia!
En ella viven cuerpos
que quieren poseerte,
latir de luz y sombra
en un encuentro de sonidos
que escapan redoblados.

Desde ti hasta mí
capto el celaje de la onda,
la oscilación del vuelo.

Nada

en un todo de luz.
Nada acendrándose
hasta la carne y sus estrías
luminosas.

Hermandad del cristal con el viento
que es deseo,
retina donde te asomas tú
hasta perderte.
Espacio justo
donde coincide el tiempo
con otro vértice más puro.
Partitura de un rayo
que no ha nacido todavía,
asido sostenido por un ritmo
que es inacción
y sin embargo vive.

Chispas de oro.

Laderas del sopor:

los cuerpos recomienzan.

Verdres donde albea
la plata de un desnudo
que ahora se llama Nadie.

¿Quién me dice tu amor?
¿Quién da el paso perdido
para que seas?
Luz de mis estertores,
dueña que nace y que renace
sobre el cristal
—ya no espejo: ventana—
hacia la claridad de lo innombrable.

II

Y están las fiebres del espejo,
los jazmineros congelados
en un sueño de ayer o de mañana.

Borde de la oropéndola
que enfría su canto
en las estrías de la luz,
cansancio

de toda soledad
que ha establecido ya sus horizontes.
¿Cuál alma te acompaña?

¿O ya no hay alma?

Maravilla
donde va a refugiarse lo que existe
para alcanzar su anulación.

Cisne de plata en el azul,
cuyo es mi canto,
un alentar tan puro
en el agua movida por la música.

Padre Rubén, en qué alabastro
subes tornasolado,
sin malaquitas y luces boreales,
aquietando ese cúmulo
de pájaros cantores
donde no hay Margaritas
ni cuentos que contar.

Luces de los velones
que se inmovilizan en el rectángulo
o el óvalo encantado.

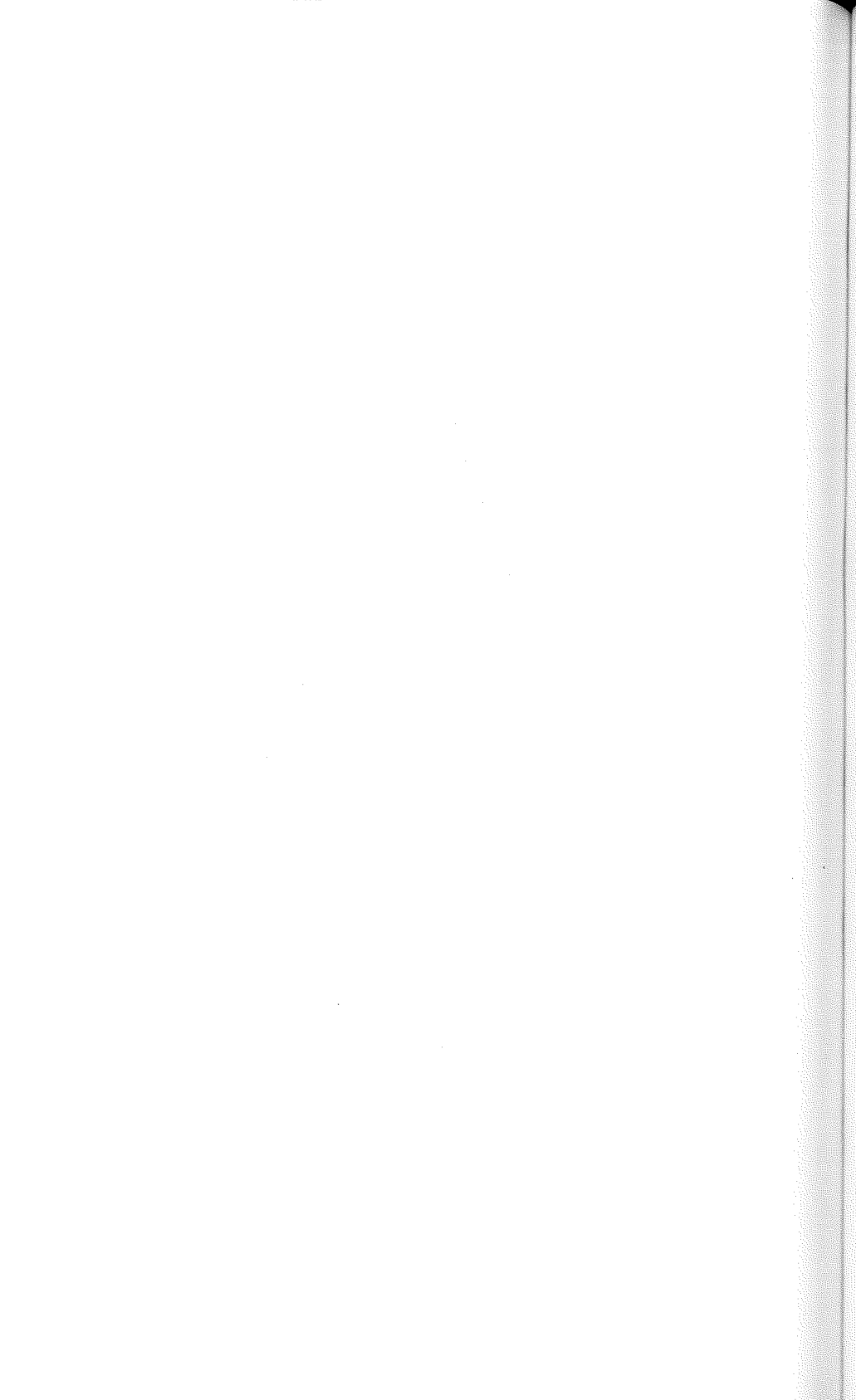
Para verlas,
¡cuántas pupilas arden
en el trasfondo,
cuántos tactos
al paso de las almas!

Oíd los clavicordios
acicateados por el viento.
Ved lo imposible,
el perfil de lo ido junto a lo que vendrá.
Generaciones de mujeres
que se destilan en las lágrimas,
brillando en la sonrisa
que ya enseña su diente traicionero.

Máscaras de otro mundo
en una algarabía silenciosa
donde acodada en tus almenas
—mientras las dueñas cabecean
y el bufón agoniza—
podrás ver la agonía del horizonte
sin sobresaltos.

Diosa de lo simultáneo,
ruega por nosotros,
adoradores del reflejo de las lámparas
en los cataclismos del sueño.

Porque tú eres la fiebre
que he de beberme cada día,
el estertor
de mis hechicerías cotidianas.



POEMA DE LOS MIEDOS

Miedo de estar aquí,
preservado y agónico,
acariciando unas dolencias
que se han hecho costumbre,
eligiendo palabras para ensalmar la vida,
fórmulas de un amor,

tal vez olvido,

a la espera del pan y del poema
del que salgo maltrecho,
hecho pavesas.

Pero hay sol,
ruidos de cláxones
y un relampaguear de átomos
quemados por el viento.

Y estoy yo,

con miedo de vivir,
de estar a la intemperie

—fuera y dentro de casa—
quieto como pregunta
que gasta día a día su respuesta,
cenizas que han ardido sin cesar
y quieren ser la forma.

Miedo de estar aquí
entero y disgregado en un no-ser
que ya empieza a entrevernos
en los ardores del estómago
y en el sonrojo del zapato,
en esas duermevelas
de las que sólo somos los ensayos.
Ni el Todo, ni la Nada, hechos al tacto,
ni ese cuerpo seguro de sí y atolondrado
que no acierta consigo en su belleza,
podrían consolarnos.
No hay palabras. ¿Y el libro?
¿Qué hay en el libro que no sea distancia propia,
un enigma que pugna por quedar descifrado
y alguien detrás de mí lo escamotea:
otro o el mismo yo que ahora me enfrenta,
tan cerca y tan lejano?
Cielo con sus mentiras,
cada vez menos cielo y más azules,
pero que están allí.

Fronδας.

Luces de mediodía
con crepitar de música
y bocinas que advierten del peligro.

Reclinado en el hoy,

hombre, levántate,

que alguna cruz te espera en los boscajes
más sombríos. Y no sabes si allí
te estarás quieto,

otra vez quieto,

un muerto que se acuerda
contando días y horas hacia atrás,
como en un calendario fantasmal
o un reloj con su cuerda en el vacío,
hasta encontrar la brecha,
la luz de que procedes.

Miedo de no encontrar
el sitio,

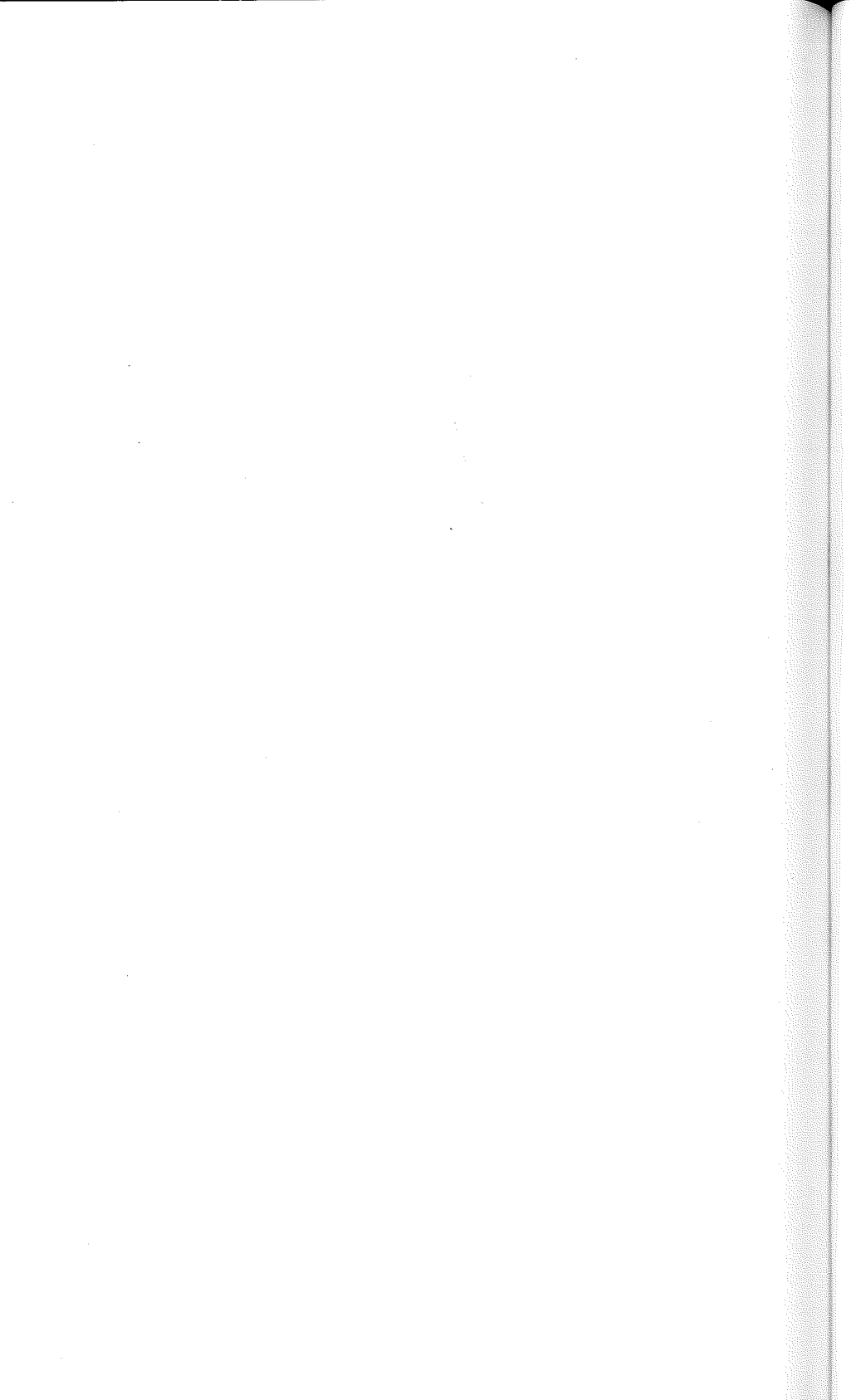
miedo de repetirme
y repetir la luz: todo conmigo,
con mi caparazón de resentido,
y de ir repitiéndome en las sílabas
que conforman mi nada.

Delante está la vida
que deberá vivirse.

Está el poema
que nunca será escrito,

éste es sólo un fragmento,
un rasguear de los lápices
que han insistido en la hoja y en la carne,
en la tierra quemada de mis respiraciones.
Si ahora temo es que vivo,
desviviéndome, y sigo
tras la huella del dios que me sustenta.
Es que para vivir ya no estoy siendo
sino en el nombre
que me susurra y que me niega,
voluntad que me imprecaba abandonándome.
Aquí te dejo, aquí te encuentro,
en mundos paralelos
que tocan en tu corazón
y se revierten
para que seas en ti,
en ti que seré yo,
otra vez el nosotros.
Oh tú, Manuel, inmóvil,
ahora te dejo desandarte
antes del viaje,
de tantas lejanías que te cercan
y que no alcanzan tu presencia,
horizontes de un mar
que ha mojado tus pies y te levanta
preparándote ya a la travesía.

Espérame,
si es que vuelvo del Nunca,
oh pasajero al que siento temblando
en las oscilaciones de mi mano.



UNA MUERTE

Todo el cuerpo se hunde, se anonada,
urde en silencio su verdad, se estira,
y cava en frío el hoyo de la ira
en esta habitación deshabitada.

Témpano gris, en sombra, es la almohada.
Oblicuo, el ronco labio en ella expira.
En la calle el dolor del mundo gira:
soledades y viento y ruido y nada.

Nadie responde aquí. Cierto, en voz baja,
junto al lecho recalca el denso oleaje
de la muerte, cediéndose a lo oscuro.

Queda un perfil agudo que trabaja
y hecho ya de distancias en el viaje
se hace memoria triste sobre el muro.

CRISTO MUERTO

Cristo, aluvión de cera, Cristo cierto,
luna carnal que cuelga de lo oscuro,
luna pensante abierta sobre el muro
del infinito asombro, Cristo muerto.

De tu frente a la nuestra hay un desierto
de palabras marchitas al conjuro
de esa noche en que solo, huraño, impuro,
diste a la nada tu costado abierto.

Cuelgas allí divino, sobrehumano,
soledad nuestra y carne de gemido,
con el clavo de amor en mano y mano,

entre el cielo y la tierra sostenido
—lineal arquitectura de lo arcano—
por el perdón de Dios o por su olvido.

FINAL DE SIGLO

Esperpento

¡Cuántos trajes cansados!
¡Cuántas camisas desgarradas
en perchas acezantes!
¡Dios mío, qué de zapatos
adoloridos
andando por el mundo!

El hombre se ha quedado colgado en los armarios,
sin atributos y sin nombre,
con su número de teléfono estampado en la frente
y su etiqueta entre las piernas.

Una gesticulante procesión colma los cines.
¡Ved cómo las corbatas
se anudan al pasar por los espejos
y los pañuelos perfumados aletean

con monogramas bordados en sus puntas!
¡Ved cómo los sombreros saludan contra el viento!

Sálvenos Dios de este naufragio cotidiano
que nos obliga a buscar nuestros despojos
en zafacones malolientes,
en el inmenso escaparate de plástico y lámparas
de neón
donde una casulla encarnada nos bendice
o condena a voluntad
por una vida a crédito que no alcanzamos a saldar
y una muerte que no nos pertenece.

OTRO DICIEMBRE

(Villancico)

*Caído se le ha un clavel
hoy a la aurora del seno:
¡qué glorioso que está el heno
porque ha caído sobre él!*

GÓNGORA

En la garganta del pájaro empieza la alabanza
y bendito es el fruto.

Dios dormido en el heno.

Luz que al tocarlo se hace vida y vivifica.

Sonreír de la aurora.

El bendito a su lado,

padre en la tierra hecho plegaria,

mientras el cielo arde en estrellas parpadeantes.

Éste es el día ésta es la hora

en que se nace,
en que el mundo es nacer
y la campana invita a celebrarlo.
En que por cada bestia arrobada surge un ángel
que canta la bienaventuranza.

¡Salve! Queremos como tú nacer
a la verdad del cielo y de la tierra
—montes ungidos por el rocío de la gracia—
acompañar nuestra vejez al niño que seremos:
Tú en nosotros.

Darte la mano en rueda milagrosa
que haga volar la creación entera
en alas y promesas.

El mundo está encendido
y los tranvías ruedan en sus rieles de plata
y en todos los puertos surtan naves
cargadas de...

y hay aviones,
azafatas que sonríen acomodando a los viajeros
de buena voluntad.

Hemos vuelto a nacer contigo en surcos
de abundancia.

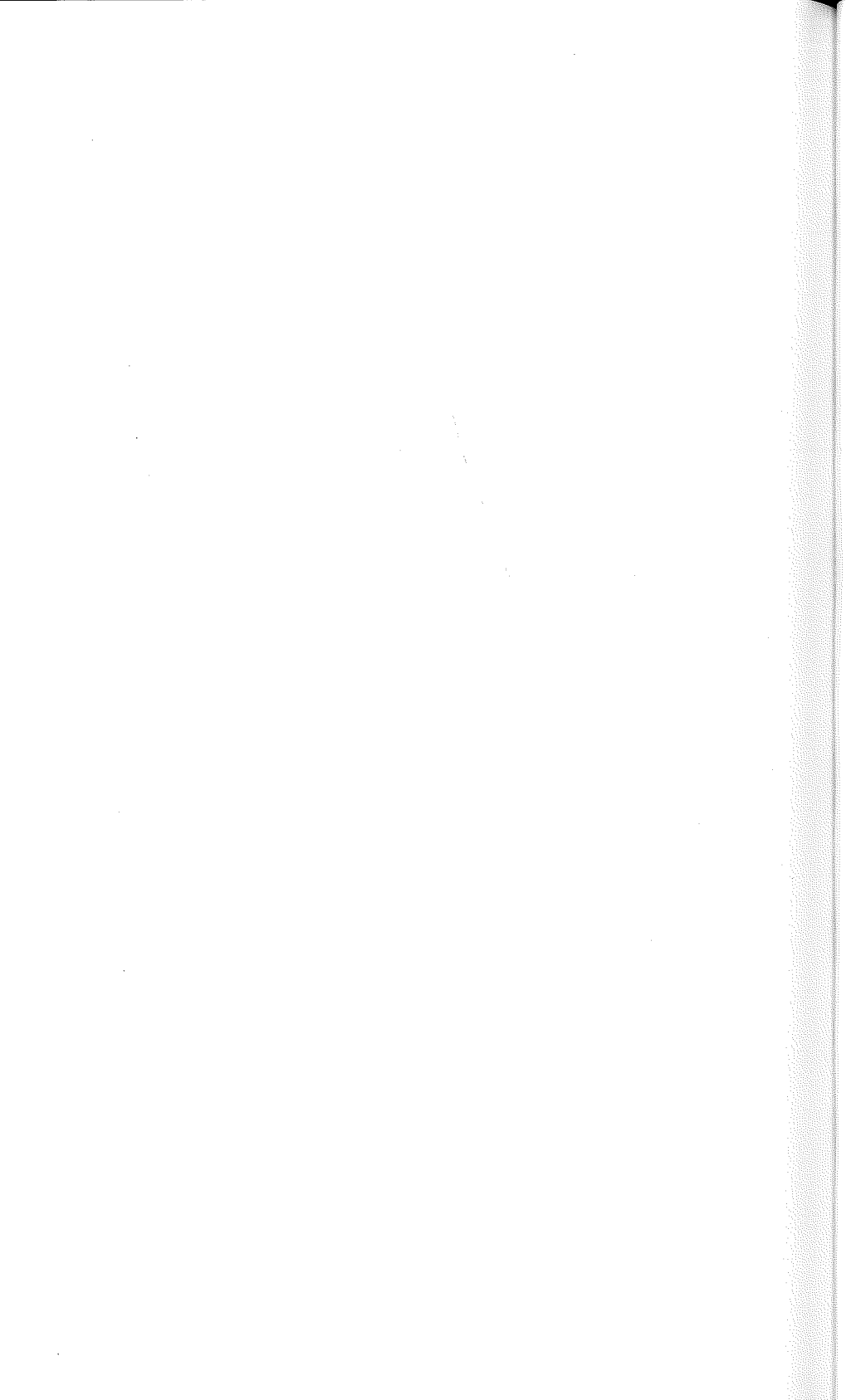
Dame el pan y la fruta.

Dame el vino.

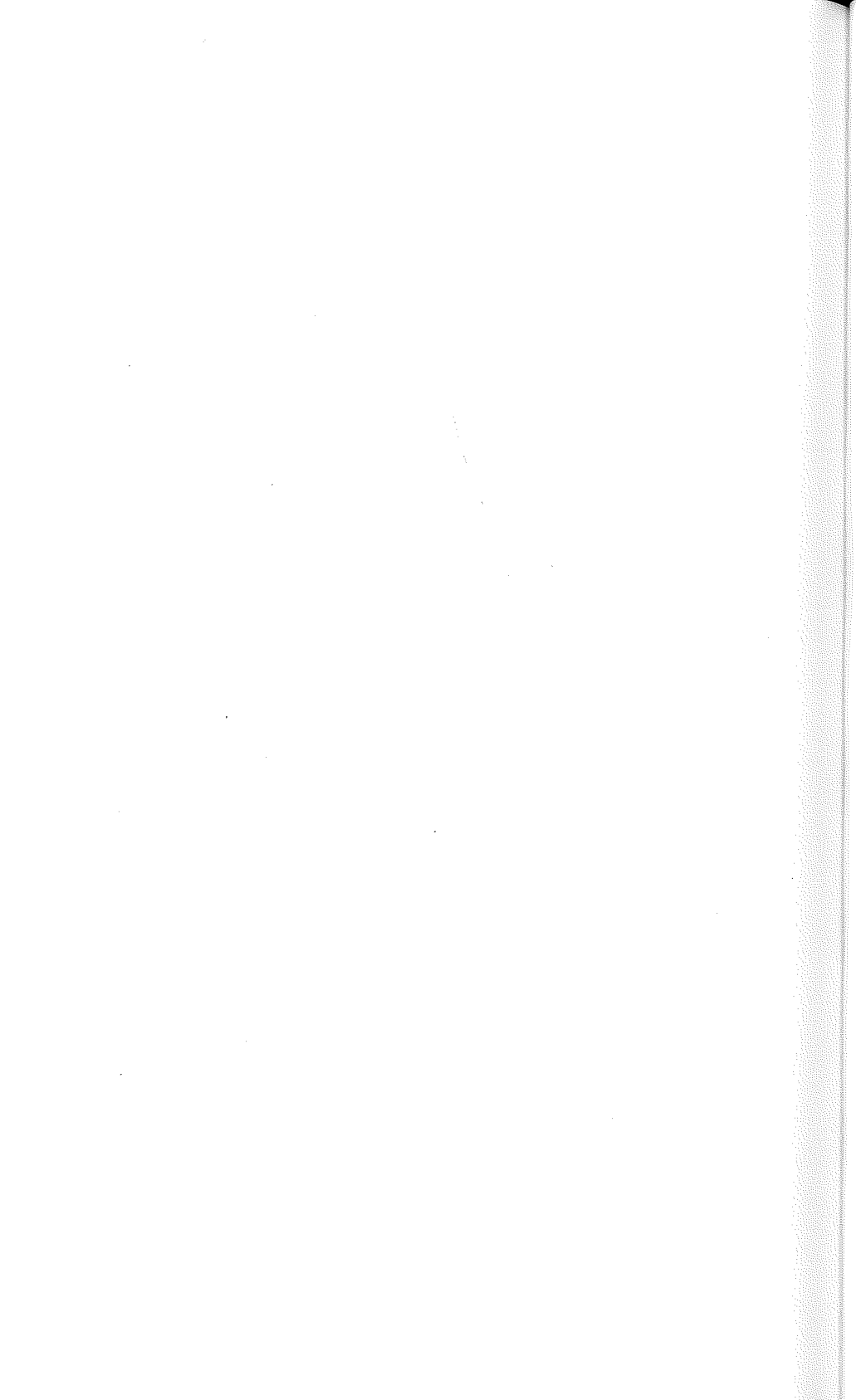
Dame el canto y la danza.

El pino de aromas con sus luces
convocadoras de la medianoche.

Dame la fiesta al pie de la montaña,
porque la guerra ahora es de abrazos
y reconciliaciones,
santo y santo en los soles
que procrearon la especie.
Seremos tu dolor,
tu alegría cuando la piedra haya rodado
al fondo del abismo
y vuelvas a nacer, otra vez nazcas
en el parto de tus resurrecciones.
Sed y hambre de una boca que ha clamado
en el desierto
con la esponja en el labio de las jaculatorias.
Oh, dador de los dones
que no cesan de repartirse entre tus llagas,
padre del hombre e hijo de su misericordia,
fuente de actividad y beatitudes.
Hombres de aquí y de allá, volved el rostro
y mirad el clavel,
oled el heno
de este otro diciembre que perdura.



HOMENAJE



VIDA DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

I

Alba en Moguer

Alba de Juan Ramón
a lomos de su Platero acerado
como un ángel que da coces al viento
y resopla:

una flor encarnada
en los belfos.

Bienaventurados los mansos,
los hondos animales del paisaje
que no buscan nada,
sino el color con que se hacen
los versos mañaneros,

un agua que discurre
entre un palpito del corazón
y una caricia que es ausencia
de uno mismo,
a su paso las migajas de Dios
que alguien —¿humano?— deposita
en las hierbas cada día

(tal vez Whitman,
su pañuelo encantado
en el verde
de toda la esperanza
del mundo).

La hoja revoloteando en otro tiempo
y la dádiva del color sahumándote la tierra,
la savia de una voz que te hinche la garganta
de alabanzas.

O una melancolía de labriegos
que te salen al paso,

¡tan callados!

Tierra siempre pisada
de Moguer.

Tierra nunca perdida
en la vaharada de los trenes que atraviesan
el último horizonte,
en la doliente sirena del barco
cuando llega a su puerto a media noche
y el poeta recién-casado descubre en el cuerpo
de Zenobia dormida
un signo de alba,
el dulce balanceo del misterio
en el tacto que no duerme.

—“Oh dioses, dadme el espacio justo,
la voz de cada día,
hondura de la carne en la palabra
que la expresa:

espíritu,
sangre del mundo en la pleamar
de mis navegaciones”.

Y el borriquillo muerde
los tréboles,
aceza.
recobrando el paisaje natal

con sus belfos chorreantes de rocío,
el agua corredora
en los álamos,
con sombra todavía.

Todo es canto entreoído,
una avidez tranquila
de plenitud
en un oro de espigas entrevistadas.

—“Anda, Platero, que la moza te aguarda,
suave peso y canción enamorada”.

Y el poeta suspira.

Bienaventuranza
en los prados recién amanecidos
y blancos de su Moguer de sueños.

II

Canto en las islas

Ahora estás con la barbilla
apoyada en la mano,
lamido el hueso de la frente
por la erosión de una palabra
que gira
y que no encuentra su salida
al puro sol que la reclama.

Espacio para ti
poblado por tus dioses
que cantan como pájaros
en la rama del día.

Espacio como espejo
del sonido que arrullas,
nota de una pisada polvorienta
que ahora reclama luz,
orfandades del día en la belleza
que es tu misericordia.

Espacio hecho de tierra y armonía,
entre el verso y el sueño
que te arremolina las palabras,
que ahora te dan alma,
urgencia no pensada
cuando la mano palpa
el cuaderno escolar o la libreta
y escribe el sol de entonces,
la dulzura de un anochecer
congregado en los bordes de la lámpara:
insectos y fantasmas que aletean
junto a los pensamientos que se ahondan
a través de la carne atormentada.

Tiempo. Horas que se deshojan
en la solapa como flores,
albas tuyas
que traen a tu horizonte rostros nuevos,
palabras encendidas
y el rumor del acento,
el goterón perdido de la sílaba

—alba, sí, no,
alba perdida—

que lava el lagrimal para que el ojo
reluzca y sea mirada,
para que el ojo lllore y ría

que cantan en tu oído los responsos
de la medianoche,
de la diurna agonía de la cadera bamboleante
cuando pasabas tú del brazo de Zenobia
camino de la Universidad
y una ola del Caribe lamía tus instintos
enseñándote otra clase de pureza.

¿Poesía pura?

¿Jazmines

en el barro nuestro de cada día?
¡Oh, dentadura que desgrana sus risas
de pétalos ligeros!
¡Impolutos alvéolos
de carnes sin mancilla!
Ellos te dieron la parcela ennegrecida,
te enseñaron el ritmo que no acaba
lavado con la voz y con el oro de tu sangre
que erosionan las nieblas.

Caballero de bastón temblante,
cuando el tambor vibraba
deshojando la rosa
de la perfección en tu mano,
el vacío de tu rosa de presencias,

III
Final

No hablemos de tu muerte.

El ave enloquecida
en los caminos desollados del puerto
cuando las lavanderas echan en sus bateas lejías
devoradoras
y las sábanas ondean entregando los ayes
de la noche
a la ligereza del viento.

La sangre que ya pugna por salir de su cauce
se anuncia en el portal amanecido.

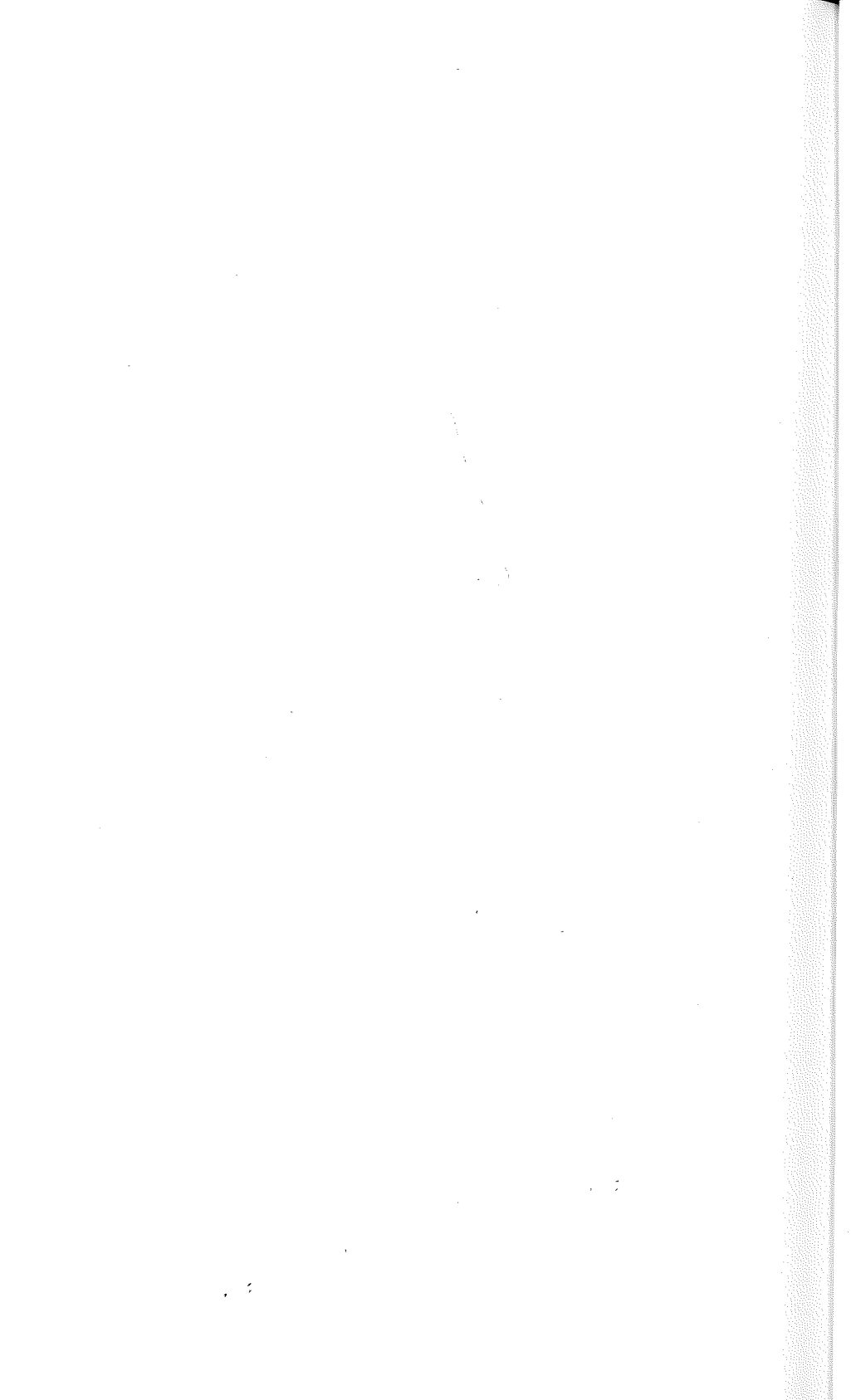
El zaguán huele a rosas
y a cloroformo.
No hablemos de tu muerte.

Vivo te vi aquel día cuando saliste de la casa verde
y blanca
—¿o era blanca y azul?—

Sé que vi tu entrecejo
y tu sonrisa apenas.
Luego bajaste lentamente por tu calle:
—era la Juan Ramón Jiménez—
hasta desaparecer.

Las enfermeras
arreglaban tu habitación en silencio,
apenas compungidas,
clausurando puertas y ventanas.

En el cielo un Platero acerado
volaba contigo hacia Moguer,
relampagueando,
mientras todos los pájaros cantaban.



COLOR O HUIDA

Tú le diste
un color al alma:
 la encendiste
con tu mirada en rojez pura
de sangre que una lágrima no mengua,
la levantaste al cielo
 —esplendor,
 fuga—
hecha sueño de luz
o llama de tormento.

Tú nos diste color,
raíz,
espacio,
ese verdor recién amanecido,
hoja y canto de pájaro en tu mano,

firmamento
que se pliega a la espiga interrogante.
Por ti se hicieron míos verdes y azules,
los rojos y amarantos
en el cáliz del cuerpo,
en la saliva transparente
donde he visto los iris,
la sustancia auroral destilada en humores,
la leche o la palabra,
el sudor santo
que sabe a carne endurecida
y sabe a sueño.

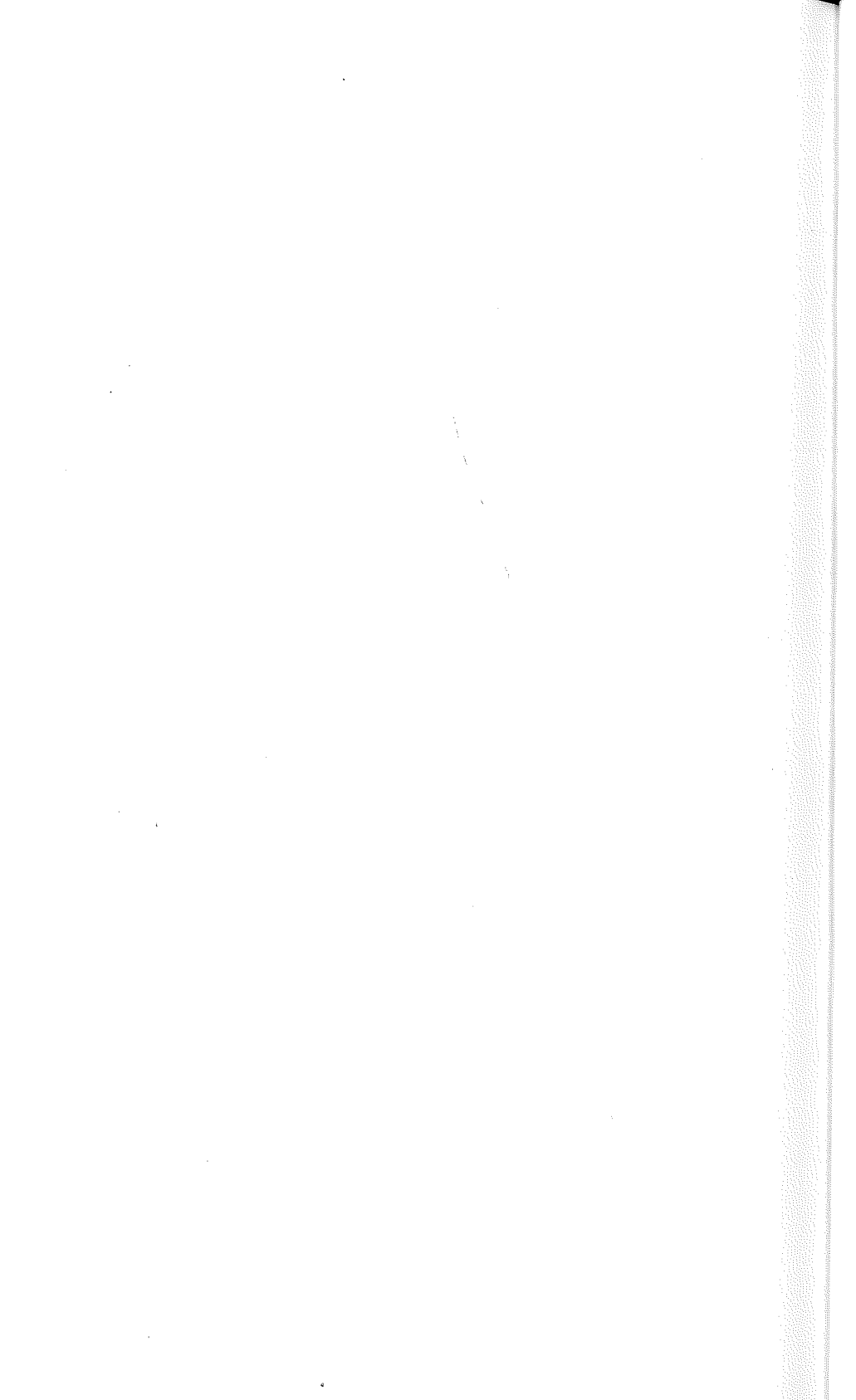
De toda transparencia
hice la morenez,
la matriz de ese sol que te cobija,
sabor de lunas tuyas en noches inventadas
donde a solas te sabes: dios sin muerte.

Tú me diste el color,
me diste el ansia
de mirar
y la temperatura.
Fuiste el fruto,
los apetitos que no serían saciados,

la flor erguida y su norma no acordada
de color y de olor que se eternizan:
eternidad huyente
y forma de lo huido.

A ti te entregué el alma de muchacho
—criatura afortunada—
en el alero de una casa en ruinas
y me fui por el aire riendo, amando,
por el aire cantando,
agonizando,
con tu verso en el centro
de mi alentar primero:
lúcida primavera
o doliente sabor de piedra y cielo.

Sólo tú:
la belleza que habría de acompañarnos,
sangre de un esplendor
que se hunde y vuelve:
poesía contigo,
tuya,
siempre.



ESPAÑA DE IDA Y VUELTA

-Epílogo-

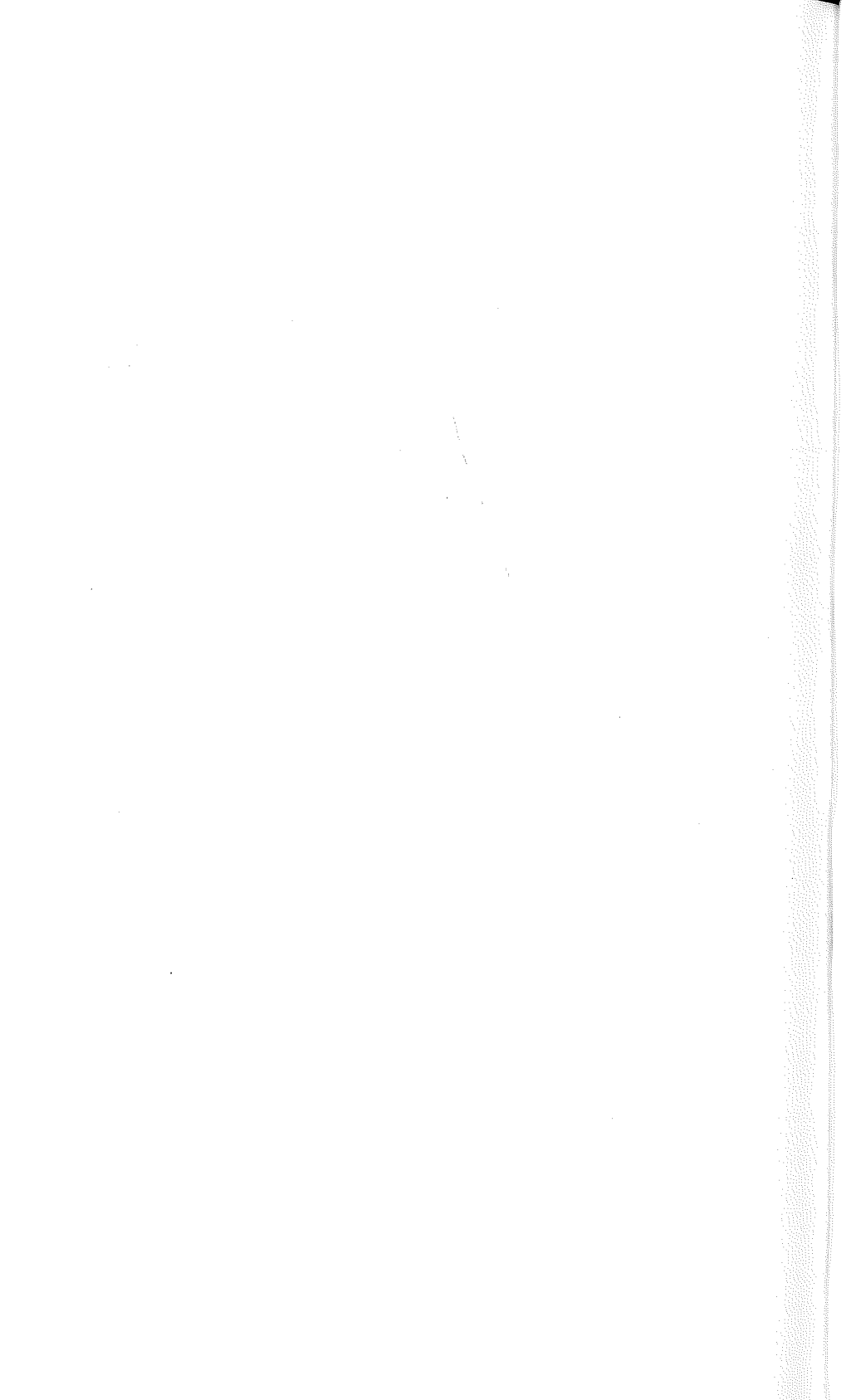
Toda España esperando.

Soledades.

Y el virginal llamado del pájaro en la copa
más alta del amanecer
como tu signo.

Tal vez era un temblor
en la sangre, cuando aquel día desperezabas
y se oyeron las claras armonías,
el despertar triunfante de las eras que se imponía
en la distancia
llamándote.

Era el amor,
la dicha,
los melismas agónicos del alma
que empozaba en las voces del viandante.



Índice

MANUEL RUEDA: MÚSICA Y POESÍA

Los preludios

Chile (1939-1951) 11

Reflejos en el agua

Los años dorados (1952-1982) 17

Intermezzo

El artista en su hogar 27

Genio y figura 33

Los adioses

Sonata de otoño (1983-1999) 39

PRESENTACIÓN 49

LUZ NO USADA

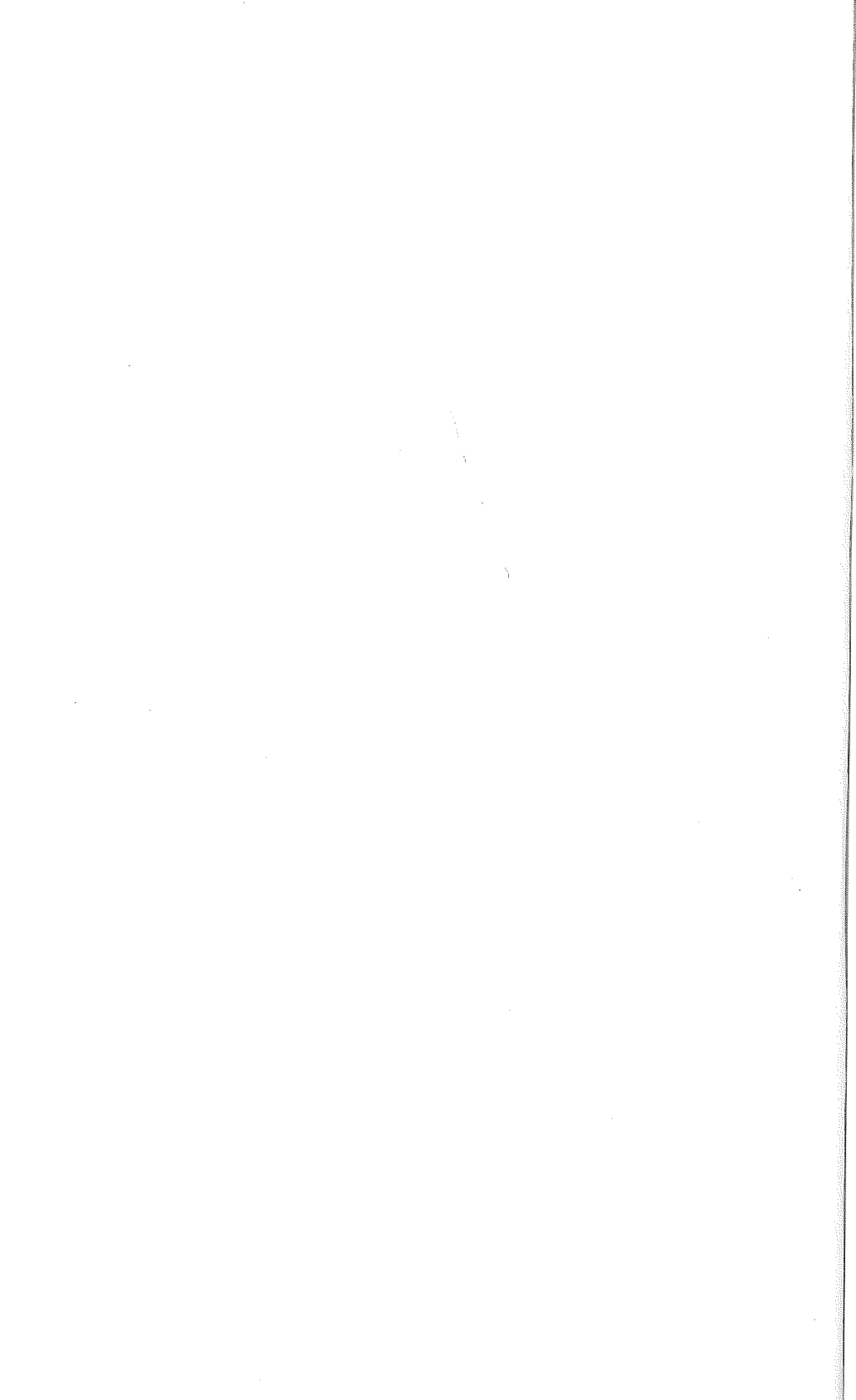
Creación 63

Cantar es ser 65

Luz no usada 67

Colofón

Este libro se terminó de imprimir en
los talleres gráficos de Editora Corripio, C. por A.
a los 15 días del mes de agosto del año 2005.



las décadas insomnes, afectaron aquella disposición perfeccionista, puntualizadora y purificante que, en cierta ocasión, algunos años después, al fin de un concierto suyo, le dije que me habría de sentir feliz si pudiese alcanzar la mitad de sus perfecciones de intérprete.

A él le pareció un elogio desmesurado. Por lo menos esa fue su reacción. Lo cierto es que tanto en música como en poesía y literatura, en familiaridad con la gran cultura, Rueda resultaba asustante.

Parecía que lo había leído todo. Que todo lo había comprendido, aprobado o rechazado de acuerdo a sus criterios, tal vez apasionados, pero cargados de intención de justicia y verdad. De lo que para él era justo y verdadero, que es algo individual, si está honradamente desconectado de corrientes de opinión y modas de aceptación.

Ahora me corresponde el privilegio –por heredar su cargo en la Fundación Corripio, Inc.– dar inicio a la presentación de esta obra poética que, aunque titulada “Luz no usada”, es luz hermosa que sale del alma.

Y que vamos a usar.